



# Autopsia de un Juez

Eduardo Alejandro Jaramillo Salgado

## **ACCESO GRATIS a la Lectura en la Nube**

Para visualizar el libro electrónico en la nube de lectura envíe junto a su nombre y apellidos una fotografía del código de barras situado en la contraportada del libro y otra del ticket de compra a la dirección:

**ebooktirant@tirant.com**

En un máximo de 72 horas laborables le enviaremos el código de acceso con sus instrucciones.

La visualización del libro en **NUBE DE LECTURA** excluye los usos bibliotecarios y públicos que puedan poner el archivo electrónico a disposición de una comunidad de lectores. Se permite tan solo un uso individual y privado



# **AUTOPSIA DE UN JUEZ**

## COMITÉ CIENTÍFICO DE LA EDITORIAL TIRANT LO BLANCH

- MARÍA JOSÉ AÑÓN ROIG**  
*Catedrática de Filosofía del Derecho de la Universidad de Valencia*
- ANA CAÑIZARES LASO**  
*Catedrática de Derecho Civil de la Universidad de Málaga*
- JORGE A. CERDIO HERRÁN**  
*Catedrático de Teoría y Filosofía de Derecho. Instituto Tecnológico Autónomo de México*
- JOSÉ RAMÓN COSSÍO DÍAZ**  
*Ministro en retiro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y miembro de El Colegio Nacional*
- EDUARDO FERRER MAC-GREGOR POISOT**  
*Juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM*
- OWEN FISS**  
*Catedrático emérito de Teoría del Derecho de la Universidad de Yale (EEUU)*
- JOSÉ ANTONIO GARCÍA-CRUCES GONZÁLEZ**  
*Catedrático de Derecho Mercantil de la UNED*
- LUIS LÓPEZ GUERRA**  
*Catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Carlos III de Madrid*
- ÁNGEL M. LÓPEZ Y LÓPEZ**  
*Catedrático de Derecho Civil de la Universidad de Sevilla*
- MARTA LORENTE SARIÑENA**  
*Catedrática de Historia del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid*
- JAVIER DE LUCAS MARTÍN**  
*Catedrático de Filosofía del Derecho y Filosofía Política de la Universidad de Valencia*
- VÍCTOR MORENO CATENA**  
*Catedrático de Derecho Procesal de la Universidad Carlos III de Madrid*
- FRANCISCO MUÑOZ CONDE**  
*Catedrático de Derecho Penal de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla*
- ANGELIKA NUSSBERGER**  
*Catedrática de Derecho Constitucional e Internacional en la Universidad de Colonia (Alemania). Miembro de la Comisión de Venecia*
- HÉCTOR OLASOLO ALONSO**  
*Catedrático de Derecho Internacional de la Universidad del Rosario (Colombia) y Presidente del Instituto Ibero-Americano de La Haya (Holanda)*
- LUCIANO PAREJO ALFONSO**  
*Catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad Carlos III de Madrid*
- CONSUELO RAMÓN CHORNET**  
*Catedrática de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales de la Universidad de Valencia*
- TOMÁS SALA FRANCO**  
*Catedrático de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social de la Universidad de Valencia*
- IGNACIO SANCHO GARGALLO**  
*Magistrado de la Sala Primera (Civil) del Tribunal Supremo de España*
- TOMÁS S. VIVES ANTÓN**  
*Catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Valencia*
- RUTH ZIMMERLING**  
*Catedrática de Ciencia Política de la Universidad de Mainz (Alemania)*

Procedimiento de selección de originales, ver página web:

[www.tirant.net/index.php/editorial/procedimiento-de-seleccion-de-originales](http://www.tirant.net/index.php/editorial/procedimiento-de-seleccion-de-originales)

# AUTOPSIA DE UN JUEZ

EDUARDO ALEJANDRO JARAMILLO SALGADO



**tirant lo blanch**  
Ciudad de México, 2022

Copyright © 2022

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética, o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del autor y del editor.

En caso de erratas y actualizaciones, la Editorial Tirant lo Blanch publicará la pertinente corrección en la página web [tirant.com/mex](http://tirant.com/mex).

Este libro será publicado y distribuido internacionalmente en todos los países donde la Editorial Tirant lo Blanch esté presente.

Esta obra pertenece a la Colección Editorial Rumbo al Bicentenario.

**Centro de Investigaciones Judiciales de la Escuela Judicial del Estado de México**

Calle Leona Vicario núm. 301, Col. Santa Clara

C.P. 50090, Toluca, Estado de México

Tel. (722) 167 9200, Extensiones: 16822, 16804, 15196 y 15178.

Página web: <http://www.pjedomex.gob.mx/ejem/>

**Editor responsable:**

Ramón Ortega García

*Director del Centro de Investigaciones Judiciales*

**Editora ejecutiva:**

María Fernanda Chávez Vilchis

**Cuidado de la edición:**

Jessica Flores Hernández

© Eduardo Alejandro Jaramillo Salgado

© TIRANT LO BLANCH  
DISTRIBUYE: TIRANT LO BLANCH MÉXICO  
Av. Tamaulipas 150, Oficina 502  
Hipódromo, Cuauhtémoc,  
CP 06100, Ciudad de México  
Telf: +52 1 55 65502317  
[infomex@tirant.com](mailto:infomex@tirant.com)  
[www.tirant.com/mex/](http://www.tirant.com/mex/)  
[www.tirant.es](http://www.tirant.es)  
ISBN: 978-84-1147-319-4  
MAQUETA: Innovatext  
Ilustraciones de Miguel Ángel Barranco

Si tiene alguna queja o sugerencia, envíenos un mail a: [atencioncliente@tirant.com](mailto:atencioncliente@tirant.com). En caso de no ser atendida su sugerencia, por favor, lea en [www.tirant.net/index.php/empresa/politicas-de-empresa](http://www.tirant.net/index.php/empresa/politicas-de-empresa) nuestro Procedimiento de quejas.

Responsabilidad Social Corporativa: <http://www.tirant.net/Docs/RSC/Tirant.pdf>

**CONSEJO DE LA JUDICATURA  
DEL ESTADO DE MÉXICO**

MAGISTRADO DR. RICARDO ALFREDO SODI CUELLAR  
PRESIDENTE

MAGISTRADO M. EN C. P. RAÚL AARÓN ROMERO ORTEGA  
Consejero

MAGISTRADO DR. EN D. ENRIQUE VÍCTOR MANUEL VEGA GÓMEZ  
Consejero

JUEZA M. EN C.P. FABIOLA CATALINA APARICIO PERALES  
Consejera

M. EN D.C. Y A. LUIS GERARDO DE LA PEÑA GUTIÉRREZ  
Consejero

JUEZA M. EN D. P. P. EDNA EDITH ESCALANTE RAMÍREZ  
Consejera

M. EN D. PABLO ESPINOSA MÁRQUEZ  
Consejero



**JUNTA GENERAL ACADÉMICA  
DE LA ESCUELA JUDICIAL**

**DR. CÉSAR CAMACHO QUIROZ**  
Presidente de El Colegio Mexiquense

**DR. JOSÉ RAMÓN COSSÍO DÍAZ**  
Ministro en retiro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación  
y Miembro de El Colegio Nacional

**DRA. YASMÍN ESQUIVEL MOSSA**  
Ministra de la Suprema Corte de Justicia de la Nación

**DR. SERGIO GARCÍA RAMÍREZ**  
Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones  
Jurídicas de la UNAM

**DR. JUAN LUIS GONZÁLEZ ALCÁNTARA CARRANCÁ**  
Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación

**DR. GERARDO FELIPE LAVEAGA RENDÓN**  
Titular de la Unidad de Transparencia y Políticas Anticorrupción  
de la Secretaría de la Función Pública

**DR. DIEGO VALADÉS RÍOS**  
Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones  
Jurídicas de la UNAM

## **ESCUELA JUDICIAL DEL ESTADO DE MÉXICO**

**DR. JAIME LÓPEZ REYES**  
Director General

**DRA. MARÍA DE LA LUZ RUIZ BELTRÁN**  
Directora General Adjunta

**DR. RAMÓN ORTEGA GARCÍA**  
Director del Centro de Investigaciones Judiciales

### **CONSEJO EDITORIAL**

**DR. JUAN CARLOS ABREU Y ABREU**  
Poder Judicial del Estado de México

**DR. JOSÉ DOLORES ALANÍS TAVIRA**  
Universidad Autónoma del Estado de México

**DR. RODRIGO BRITO MELGAREJO**  
Universidad Nacional Autónoma de México

**DR. JOSÉ ANTONIO ESTRADA MARÚN**  
Academia Interamericana de Derechos Humanos

**DR. RAFAEL ESTRADA MICHEL**  
Poder Judicial del Estado de México

**DRA. FABIOLA MARTÍNEZ RAMÍREZ**  
Universidad Nacional Autónoma de México

**DR. JOSÉ RAMÓN NARVÁEZ HERNÁNDEZ**  
Escuela Judicial Electoral  
Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación

**DR. RAMÓN ORTEGA GARCÍA**  
Editor responsable

**LIC. MARÍA FERNANDA CHÁVEZ VILCHIS**  
Editora ejecutiva



*Duelo de jueces  
que convierte  
la ley en dogma.*

*Un principio innegable advierte  
un pensamiento  
que no debes dudar.*

*En un mundo arrodillado por  
el crimen y la falta de valores  
siento mi fragilidad  
¡Qué alucinación!*

*Me da miedo lo insignificante  
que soy  
frente al leviatán de una  
sociedad descompuesta.*

*Quizá sea un sueño tonto,  
pero no me puedo engañar.  
No sé contra quién lucho,  
parece una batalla perdida  
¿O es que acaso estoy equivocado?*

*Creo en el alma de los  
fantásticos juristas y les  
pido hagan explotar en mi  
pensamiento su sabiduría.*

*No quiero engañar  
no quiero ocultar  
muchas veces he tropezado  
soy el más humilde servidor  
de la ley.*

*Déjame continuar mi viaje sin miedo.*

(Eduardo Alejandro Jaramillo Salgado)



*Me da miedo la inmensidad del Derecho,  
porque en mentes inmorales  
¡ahoga el grito de justicia!*

— Eduardo Alejandro Jaramillo Salgado



Hoy, 10 de mayo de 2019, a las 14:29 horas,  
en el Palacio de Justicia de Texcoco, México;  
inicio un brevísimo relato de mi vida profesional...

**“No olvides que la dogmática jurídica  
es sólo un lineamiento que no constituye la verdad absoluta,  
la verdad solo la conoce Dios”**





# Índice

<b>PRÓLOGO A AUTOPSIA DE UN JUEZ, DE EDUARDO ALEJANDRO JARAMILLO SALGADO.....</b>	<b>19</b>
DR. RICARDO ALFREDO SODI CUELLAR	
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>23</b>
<b>EL COMIENZO .....</b>	<b>25</b>
<b>LAS FALDAS DEL VOLCÁN .....</b>	<b>27</b>
<i>Capítulo 1</i>	
<b>El día de la partida.....</b>	<b>37</b>
<i>Capítulo 2</i>	
<b>El fin del mundo .....</b>	<b>55</b>
<i>Capítulo 3</i>	
<b>Tiranía y muerte.....</b>	<b>65</b>
<i>Capítulo 4</i>	
<b>¿Dónde estaba Dios? .....</b>	<b>75</b>
<i>Capítulo 5</i>	
<b>El santero.....</b>	<b>85</b>
<i>Capítulo 6</i>	
<b>Así estaba escrito.....</b>	<b>95</b>
<i>Capítulo 7</i>	
<b>Y volveré... Traición y muerte.....</b>	<b>105</b>



# PRÓLOGO A *AUTOPSIA DE UN JUEZ*, DE EDUARDO ALEJANDRO JARAMILLO SALGADO

Como ocurre siempre en las mejores narraciones, *Autopsia de un juez* revela su *leitmotiv* desde las primeras páginas. Logra que primero lo intuyamos, que después lo racionalicemos y, por último, que nos instalemos en el horror inmenso del drama penal. No quiero avanzar el desenlace de la historia en estas líneas, que no deben ser sino un prolegómeno. No obstante, no creo equivocarme si afirmo que el hilo conductor de las narraciones se hallan en los ojos de los protagonistas, sean animales racionales o no tanto, espíritus encarnados o etéreos, ojos infantiles o senectos, zarcos, cárdenos, verde mar, color cerveza o, por supuesto, los enormes e inolvidables ébanos de parvulario y sacrificio.

La experiencia jurídica es la base de nuestra concepción del Derecho. Lo que hemos vivido y dejado vivir, nuestros contactos con la justicia y la injusticia, y el complejo haz de relaciones sociales que con suma frecuencia enmarcamos en lo normativo determinan nuestra concepción del «Derecho». Una losa muy pesada cae sobre quien, como Eduardo Alejandro Jaramillo Salgado, el juez escritor que hoy nos convoca, sabe acercarse con sensibilidad, rigor, empatía, humor y azoro al terrible escenario de la justicia penal.

He leído este libro —profundo ensayo existencial ilustrado por un conjunto de viñetas autobiográficas— con una mezcla de desazón y admiración. Comienzo con la admiración: dedicar la vida a colocarse tan cerca de las simas de la condición humana, otear el abismo del homicidio, la riña, el integristismo, el odio, el hurto, la amenaza, los celos, la violencia y, en fin, lo peor del *sapiens*, implica un esfuerzo de valentía y compasión que debe ser valorado y reconocido. En un marco en el que proliferan las fáciles e irresponsables descalificaciones de la labor judi-

cial, no es superfluo recordar que gracias a las personas que se saben instrumentos de algo que las rebasa, herramientas para la prudencia de lo justo en que Occidente ha cimentado su desarrollo desde hace milenios, podemos aspirar, así sea tangencialmente, a los beneficios que reporta vivir en un Estado constitucional, democrático y justiciero que dignifica la condición humana. Sin jueces no hay derechos humanos porque no hay debido proceso. Así de simple.

Para ser juez es imprescindible ser valiente. Hablo ahora de mi desazón, del terror con que me he adentrado en cada página de este texto, consciente de que el lector se enfrenta a interpretaciones de gran valor literario pero pergeñadas a partir de casos reales. «Déjame continuar mi viaje sin miedo», reclama el autor —que, como todo buen narrador, es también un poeta—. Imposible: el sentimiento que permea todo este legajo, judicial y novelesco al alimón, es el miedo. El «brevísimo relato de la vida profesional» del juez Jaramillo se convierte rápidamente en un tributo rendido no solo a quienes «decidieron entregar su vida al sacrificio de la impartición de justicia», sino también al cúmulo de víctimas inocentes, en ocasiones infantiles destinos frustrados por el golpe certero del crimen y la perversidad. Aquí se escucha el «¡ay!» de la justicia y el lamento cotidiano del justiciable.

Desde sus pininos como meritorio notificador, Eduardo Jaramillo mostró una implacable voluntad de hacer justicia, así tuviera que enfrentarse a los demonios de ojos desorbitados que lo han amenazado durante su trayectoria consagrada al cumplimiento del deber. Carreras a campo traviesa (y a monte pelón), golpes, persecuciones, daños a propiedades, para él entrañables mascotas leales que se han perdido en el averno de una lucha sin cuartel, maldiciones incoadas por la superstición y el envilecimiento, temibles autos de fe que nada han logrado exorcizar, infanticidios con lujo de paternidad desnaturalizada, violencia feminicida y sexual e incluso azarosos sinos en las profundidades de lo que parece ya escrito y resuelto en inaccesibles esferas... en fin, la apertura de las puertas de un infierno que el juez ha soportado con estoicismo y convicción, y que el escritor ha sabido novelar para atrapar al lector en un artefacto narrativo que, con amplio dominio técnico del relato, desentraña la maraña de pasiones e intereses que culmina prácticamente con la milenaria admonición de Job: ¿dónde estaba Dios?

He escrito «prácticamente» porque el espanto de la condición humana parece no tener fin. ¿Por qué delinquimos? Las explicaciones se agolpan con el paso de los siglos y reenvían a un conjunto proteico y espeluznante de causas sociales, psicológicas, culturales, fisiológicas, educativas, de técnica legislativa, de modelo procesal, y un largo etcétera. Pocas reflexiones sobre la etiología del delito resultan tan certeras, complejas e integrales como las que ofrece la literatura. En este libro hay varias, y de las buenas, y van acompañas por las tremendas ilustraciones que nos obsequia el maestro Miguel Ángel Barranco. Para quien busque respuestas existenciales, esta autopsia es mucho más que un mero punto de partida: es hondura en la expresión de nuestras máximas miserias.

Este libro es, en fin, literatura buena y sincera basada en auténticas experiencias de fidelidad a la justicia. Y es, sobre todo, un ejercicio de compasión, es decir, una muestra de la capacidad de colocarse en el *pathos* ajeno, en el sitial del otro, que aún la marca del buen juez y el señorío del escritor.

**Dr. Ricardo Alfredo Sodi Cuellar**

*Magistrado Presidente del Tribunal Superior de Justicia  
y del Consejo de la Judicatura del Estado de México*



# INTRODUCCIÓN

Esta modesta novela es un brevísimo relato de los avatares por los que atraviesa un servidor de la justicia desde el comienzo de su azaroso camino hacia la cúspide de la Judicatura, hasta el encuentro con los terribles demonios a los que se enfrenta cuando descubre la verdad desnuda y constata la inapelable decepción de que ha vivido engañado.

En este relato comparece el recuerdo de ciertos hechos que le dejarán marcado hasta el último día de su existencia y el fantasma permanente de la soledad, la cruel realidad y la impotencia por el sometimiento a lo que la ley ordena, así como el juego de argumentos a los que recurre el intérprete del Derecho para llegar a la decisión final.

El texto quizás te hará comprender la vida del juzgador y tal vez entiendas que, igual que tú, él es un ser humano que vive y sufre. Hay, sin embargo, una diferencia sustancial entre tú, lector, y el juez. Este último es un lobo solitario sujeto al implacable escrutinio —y al escarnio— del más feroz de los demonios: el «tribunal mediático y la opinión pública».

Sea este libro, pues, un muy modesto tributo a todas aquellas personas que decidieron entregar su vida al sacrificio de la impartición de justicia.





## EL COMIENZO

Recuerdo con gran entusiasmo la época en que decidí estudiar la carrera de leyes (la licenciatura en Derecho). ¡Quién lo iba a pensar, si estaba decidido a estudiar medicina! Finalmente desistí, pues la expectativa de trabajo era muy precaria. ¿Cómo iba a progresar en la vida?

Consulté a un familiar que era médico y me transmitió una colosal desesperanza. Sus palabras me hicieron reflexionar. Mi padre (q.e.p.d.) era abogado y, en el fondo, me gustaba lo que hacía; además, pensé, era el licenciado al que todos respetaban y apreciaban. Así, me inscribí en el bachillerato de ciencias sociales para, finalmente, acreditar un examen de admisión a la universidad y obtener mi pase de inscripción a tan preciada carrera.

El primer día de clases me temblaban las piernas. Un tumulto de jóvenes entraban y salían desplazándose en todas las direcciones: era algo así como una jungla de concreto. Vi también a aquellos leviatanes que deambulaban por los pasillos cuyos ojos desorbitados parecía que echaban lumbre. A su paso, todos los alumnos se arrinconaban en lo más profundo de las aulas o se pegaban como una calcomanía a ambos lados del pasillo.

Formando una especie de valla, todos, sin excepción, miraban a uno de ellos de reojo con discreción absoluta y la cabeza gacha, y con voz entrecortada y temor reverencial le llamaban maestro. El personaje, que parecía salido de una obra de ficción, era el ostentador exquisito de la ciencia del Derecho, siempre presto para librar la batalla jurídica en cualquier lugar, dentro y fuera de los tribunales, en el aula, en el café, en la bohemia o en el mismísimo cementerio.

No había tregua ni descanso, solo él, y únicamente él, tenía la razón en todo y por todo. Pobre del novato que osara desafiarlo: sin duda, si lo hiciera, marcaría día para su funeral...

Así, transcurrieron cinco largos años en los cuales hubo alegrías y tristezas, fiestas y lágrimas; pero finalmente el esfuerzo, la constancia, la resistencia y el coraje dieron sus frutos. Había terminado la carrera de licenciado en Derecho. En aquel entonces ya trabajaba como notificador judicial y ahí comienza mi relato.



## LAS FALDAS DEL VOLCÁN



La mañana de aquel día era fresca. Me levanté temprano porque tenía una cita para emplazar a una persona a la que llamaremos doña Pancracia.

Me bañé y no me rasuré, pues ni el bigote me pintaba. Eso sí, me puse mi suéter, mi pantalón, ambos bien planchaditos, y mis zapatos, brillantes como alhajas finas. También me perfumé con una generosa dosis de loción Brut.

Me presenté en las oficinas que albergaban los juzgados civiles y penales, un lugar, por cierto, maravilloso de clima cálido, exuberante vegetación, abundante agua y unos paisajes dignos de una portada de calendario. De verdad, ¡cómo me gustaba ese lugar!

Pocos minutos después llegó el abogado, al que llamaremos Spiri, mismo que me llevaría en su camioneta *pickup* al domicilio indicado para proceder, en un acto solemne y en representación del juez, a realizar el tan preciadísimo emplazamiento: «hacer saber que le habían demandado y lo que se le reclamaba».

Sinceramente, Spiri no me caía bien. Era uno de esos tipos «pesados» que no disimulan su egocentrismo, una persona despreciativa, casi casi un «perdonavidas».

En fin, abordamos la camioneta blanca, un vehículo más viejo que Matusalén al que todo le sonaba. El terreno de asfalto se acabó y continuamos el trayecto por terracería. Dimos vueltas por aquí, vueltas por allá, recorrimos veredas sin final en las que había vegetación, más vegetación, árboles, alguna casa aislada, perros que ladraban, vacas, becerros, toros, burros, borregos, etcétera.

La monotonía del paisaje cesó de pronto. En la salida de una pequeña vuelta se erigía un gigante colosal cuya majestuosidad no es posible describir con palabras, simplemente extraordinario, parece que me veía con enorme seriedad, preguntando ¿qué haces en este lugar?

Estaba impactado, era un ser de otro mundo, con una fortaleza imparable y una estatura que me sentí cómo pulga a su lado, sólo le saludé y le protesté mis respetos, diciéndole (claro, mentalmente) que únicamente venía a una diligencia y me retiraba enseguida.

Por su parte, Spiri estaba «colorado», ya que era güero. Le miré el rostro, apretaba los dientes y sus ojos azules se había vuelto rojos. Entonces deduje que nos habíamos perdido.

Le increpé —pues ya llevábamos poco más de dos horas de viaje y yo tenía trabajo pendiente en las oficinas: mis listas, el boletín y el desahogo de una audiencia verbal—. Me respondió que, si esa era mi voluntad, podía bajarme de su camioneta. Discutimos: si pretendía que me bajara, pensé, tendría que hacerlo él, si es que podía.

Considerando en el tono en que le hablé, el lugar en que nos encontrábamos, lo perdidos que estábamos y el ánimo rojizo que sus palabras despertaron en lo más profundo de mi ser, Spiri no se animó. A ambos nos quedó claro que únicamente nos teníamos el uno al otro y que lo mejor sería que tuviéramos la fiesta en paz.

Así transcurrieron las horas, empezó a llover, seguimos dando vueltas por aquí y por allá, saludé nuevamente al gigante y me disculpé por la torpeza de Spiri.

En el cielo empezó a tejerse un manto de oscuridad y neblina —realmente, en ese momento empecé a ponerme nervioso—, y de pronto Spiri exclamó: «¡Allí es!, ¡allí es!». Suspiré y pensé: «menos mal, ya hay que terminar con esto de una buena vez».

La camioneta no podía ser conducida hasta las puertas del domicilio conocido (solo para quien conozca a la persona) de doña Pancracia, la demandada, dado que su casa estaba emplazada bajo una pequeña colina y la camioneta solo podía llegar hasta la parte más alta de la vereda. Calculo que entre el lugar donde quedó varado el vehículo y la casa

había unos veinticinco metros. Solo se podía acceder a pie y de bajada, es decir, como si fueras en un tobogán, pero no sentado, sino brincando cuesta abajo.

En fin, el color había vuelto al rostro de Spiri. Con ojos perversos e ígneos, me dijo:

— Ahora sí, te toca a ti.

— Pero ¿cómo voy a bajar?, no ves que solo se puede ir cuesta abajo, está lloviendo, todo está húmedo, pronto caerá la noche.

— Pues si no lo haces, te voy a levantar un acta en el Ministerio Público por obstaculizar la impartición de justicia, con independencia de que ahorita me voy al Tribunal para ponerte una queja ante el mismísimo presidente. Así que, si no quieres problemas, mejor ve y mientras yo trato de darle la vuelta a la camioneta para ir de regreso.

Ya lo he dicho, este tipo nunca me cayó bien, se percibía a distancia que era un traidor y un mala copa. Me quedé mudo y me asusté. ¿Quién no habría reaccionado así con tanta amenaza? Ten en cuenta, además, mi juventud y mi precaria experiencia.

Así, bajé de la camioneta y lo primero que tocaron mis brillantes zapatos fue el lodo, que me llegó hasta arriba de las suelas y embarró toda la valenciana de mi pantalón, hasta entonces blanco como la cabeza del gigante. Eso sí, el expediente lo llevaba casi encarnado a mí sobaco, todo podía suceder, menos que se fuera a perder o caer tan preciada joya.

El momento de la verdad había llegado, ahora o nunca, pensé. Fui, literalmente, deslizándome hacia abajo —imagina una tabla de surf, en este caso, mis extintos y brillantes zapatos— y, entre brincos, patinadas, manotazos y algún pequeño sentón, llegué a lo planito. Quizá desde ese punto hasta la casa de la susodicha doña Pancracia no habría más de unos ciento cincuenta metros. Me sentí aliviado, lo había logrado. Me di la vuelta para mirar a Spiri, quien, desde la parte alta de la ladera, a bordo de la camioneta, también miraba con asombro. Pude ver que en su rostro se dibujaba una sonrisita burlona. Seguramente se carcajeó de mi intrépido descenso.



Le hice señas pidiéndole que bajara. Sin embargo, traidor y cobarde como era, se hizo el distraído, como si estuviera leyendo algo. Ni hablar, ya no había retorno, mi suerte estaba echada, pensé.

Pero de pronto, por sorpresa, un par de perrillos «ñangos» y chaparros, salieron a mi encuentro, ladraban como locos para defender su territorio, pues, en último término, ¿quién carajos era yo para osar pisar esas tierras tan sagradas para ellos? Ni hablar, ahora sí, eché mano del expediente, lo desencarné del sobaco, lo empuñé en mi mano, levanté el brazo en señal de ataque y defensa, y les grité: «Alto, valientes guerreros ñangos y chaparros, vengo en son de paz. Únicamente le entregó unos papelitos (demanda) a su amada señora, doña Pancracia, y nunca más me vuelven a ver».

Mis gritos y la agitación el expediente como si fuera un sable de samurái motivaron que, inmediatamente, los guerreros retrocediesen, si bien en ningún momento dejaron de ladrar. Me quedé sorprendido, pues francamente nunca pensé que sucedería este episodio.

Cuál no sería mi sorpresa cuando, junto a esos pequeños valientes, ahora sí, compareció el «jefe». Era enorme, un cruce entre mastín tibetano con pequinés, pastor alemán, maltés y demonio, negro azabache. Los colmillos le llegaban hasta el pecho. Se aproximó, detrás de él iban los dos ñangos, envalentonados por la protección del grandote y, ahora sí, muy «machitos». Por más que agité y volví a agitar mi sable (el expediente), ninguno retrocedió. Más bien, el que echó a correr y dijo «patas para que las quiero» fui yo.

En mi loca carrera por salvar la vida, encontré un tractor viejo y oxidado y pegué tal brinco que llegué al asiento, donde había una especie de garrocha de tubo de no más de dos metros. La tomé y con ella pude contener el ataque del «demonio», pues este sí quería aniquilarme para resarcir el honor de sus valientes compañeros.

Entre tanto grito y tanto ladrido, con el gigante y el ingrato de Spiri como únicos testigos, en la penumbra de la inevitable oscuridad que ya estaba tiñendo el paisaje y cobijada por la neblina, la lluvia y el frío, se veía apenas una sombría figura enjuta. Se aproximaba a paso lento, no hablaba ni decía nada, pero los perros callaron y no bien la vieron co-

menzaron a mover el rabo. Alcancé a ver cuatro brazos en su cuerpo, y ahí sí tuve miedo; en mis adentros exclamé: «¿Qué es eso?». Me aferré a la garrocha de tubo, pensé: «le voy a meter un tubazo en donde caiga», pero no fue necesario. Cuando pude ver mejor, reparé en que era una mujer, y vi que dos de los cuatro brazos eran, en efecto, sus extremidades superiores y que los otros dos, como sendos cuernos desinflados que le brotaban de la cabeza, eran sus trenzas, que, de tan largas y canosas que las tenía, le llegaban literalmente hasta las rodillas.

Comoquiera que sea, descansé, dado que su presencia puso fin al alboroto, se dirigió amablemente a mí y me dijo indicándome que encerraría al trío de guerreros. Enseguida casi le di las gracias, y noté que volteaba la cabeza hacia arriba, precisamente donde estaba Spiri en la camioneta. Pensé que seguramente ya lo conocía, que algún problema había tenido con él, porque Spiri no quiso bajar para nada. Bueno, pensé, era problema de ellos, yo a lo que vine.

Constaté que, en efecto, la mujer era doña Pancracia. Le expliqué el motivo de mi visita y las consecuencias que lleva aparejada la no contestación a la demanda, y le sugerí que contratase a un abogado de manera inmediata porque seguramente el abyecto de Spiri no se la iba a perdonar.

Me miraba incrédula y taciturna, no decía nada, solo sus grandes ojos negros se abrían cada vez más. En pie, mantenía una postura firme con las dos manos tras la espalda. No di importancia a este hecho; total era una señora mayor y ya tenía bajo control todo lo que pudiera pasar.

Procedí a firmar y llenar el emplazamiento, a entregárselo y a correr traslado de la demanda, es decir, a entregarle las copias de la misma; al extender mi mano para darle los documentos, la mujer no respondió, no dijo nada, no hizo gesto alguno para recibir los documentos, mantuvo la misma posición, de pie y con ambas manos atrás. Pensé: «qué raro».

Acto seguido, la miré a los ojos y, esos ojos tapatíos que parecían ojos de serpiente. ¡Por Dios que echaban fuego, que si hubieran sido lanzas, ahí mismo hubiera muerto! Sentí el peligro hasta en los huesos. Por favor, doña Pancracita, pensé, yo solo estoy haciendo mi trabajo, Spiri no

es mi amigo; es más, ni lo conozco, al igual que a usted, no me cae bien, si quiere vamos a verlo.

No me respondió, dio un par de pasos hacia mí y yo retrocedí cuatro pasos. Por fin, mostró los brazos que ocultaba tras la espalda y, enseguida, como el sonido de un trueno, la voz del gigante se dirigió a mí y me dijo: «Corre lo más rápido que puedas porque si te alcanza vas a quedar tendido a mis pies».

En efecto, con una fuerza tal que parecía que ella misma se iba a desbaratar, doña Pancracia blandía y agitaba un machete cuyo filo brillaba a la tenue luz de la luna. En ese preciso momento corrí como liebre por el campo, traté de subir por la colina donde había bajado, pero el lodazal me lo impedía. Afortunadamente, a la agresora le pasaba lo mismo. Pero la diferencia estribaba en que yo era un hombre joven que no llegaba a los 22 años; en cambio, ella ya rozaba con toda seguridad las 70 primaveras.

Como pude, me apoyé en las manos encajando los dedos en los mechones de pasto incrustados en la colina, y así, poco a poco, escalé. Ya no veía a doña Pancracia, pero sí vi que había liberado a los canes y que, detrás de ellos, los azuzaba para atacar. Por suerte, ya había alcanzado la cima y, aunque sucio y espantado, mi vida estaba a salvo.

Pero para mi sorpresa, el infortunado e ingrato de Spiri ya había iniciado la marcha, me estaba abandonando a mi suerte en ese lugar desconocido. Le grité para que parara, le imploré, pero me ignoró, solo veía que la camioneta avanzaba, patinaba y se alejaba más y más.

No me quedaba otra, ahora sé que, por puro instinto de supervivencia, corrí para alcanzar la camioneta. Los perros estaban ya a pocos metros de mí, doña Pancracia solo asomaba la punta del machete, pero estaba claro que también se había sumado a la cacería.

Logré alcanzar la *pickup*, di un brinco apoyándome en el parachoques y caí en la batea. Spiri jamás se detuvo, yo estaba tumbado en el piso del vehículo con el expediente totalmente enlodado y mis ropas hechas pedazos. Suspiré profundamente, ya no oía a los perros y la terracería, como el lodazal, habían quedado atrás.

Había salvado el pellejo. De reojo, vi al gigante a lo lejos. Me miraba atónito, creo que no se explicaba cómo había salido con bien de las garras de doña Pancracia y sus secuaces.

Llegamos al edificio de los juzgados, serían ya como las 21:00 horas, bajé de la batea de la camioneta. Spiri se limitó a bajar la ventanilla y me dijo: «¿Estuvo cerca, verdad Lic.?, espero verte pronto para programar otra diligencia, pues hay que emplazar a otros familiares de la señora Pancracia, viven más abajo».

Lo miré, le pregunté en tono de reproche por qué me había dejado en ese lugar, por qué me había abandonado. Me miró avergonzado, no me dijo absolutamente nada. Por instinto, tomé el expediente en mi mano derecha y se los sorrajé en la cabeza, los cabellos le quedaron alborotados, encendió el vehículo y se retiró del lugar.

No sé qué pasó con Spiri, jamás volvió al juzgado. A la que sí vi en el local del recinto fue a doña Pancracia. El ejecutor me dijo:

— Anda buscándote una señora.

— Dile, por favor, que ya no trabajo en este lugar. Te lo ruego, esa señora viene a terminar lo que se propuso.

— ¿Qué se propuso?

Inmediatamente, soltó una carcajada que retumbó en el juzgado y me dijo: «Vela es una señora muy dulce, no podría hacerle daño a una mosca».

Le expliqué la odisea que viví, pero jamás me creyó; en fin, testigos de ello eran el gigante y Spiri. Nunca salí al encuentro de doña Pancracia. Al poco tiempo me cambiaron de adscripción y no volví a saber de ella.





*Capítulo 1*

---

**El día de la partida**



Era muy temprano, tenía frío, definitivamente fue una noche espantosa, de esas en las que de madrugada acabas sentado en la cama. Escuché voces, percibí que algo se movió o que una sombra atravesó el pasillo a la recámara. Me asomé al patio, igual alguien se metió, pensé, pero no, todo estaba en paz y tranquilo. Sin embargo, algo me llamó la atención: mi perro Oz se quedó mirándome con sus enormes ojos color almendra, extrañamente no levantó las orejas y tampoco hizo fiesta; era una mirada que reflejaba tristeza. Le hice señas con la mano invitándolo a jugar, pero no se levantó, solo me miraba, pero realmente no a mí, dirigía la vista al lugar donde yo estaba ubicado, precisamente, atrás de la ventana, y en realidad veía otra cosa. Se quedó paralizado con las orejas echadas hacia atrás.

Sentí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo, lentamente volteé a mis espaldas y sentí en el rostro una muy ligera corriente de aire, las piernas me empezaron a temblar, volví a mirar a mi perro, pero ya no estaba en la entrada de su casa, lo encontré en el fondo del patio y, por más que le manoteé, llamé y brinqué, no se acercó; sus ojos únicamente reflejaban esa mirada de terror.

Pasaron los minutos y las horas, me recosté en el sofá, y así esperé a que amaneciera; escuché el ir y venir de los vehículos, me asomé a la calle, las personas caminaban deprisa, los conductores hacían sonar el claxon de manera desenfrenada, escuché un chirriadero de llantas por un conato de accidente; en fin, nada que no fuera normal, solo que el día era muy nublado, frío y lluvioso.

Me dispuse a bañarme, sentí el calor reconfortante del agua, me quedé quieto unos segundos para sentir el líquido vigorizante, cerré los ojos pensando en el trajín del día y la cantidad de trabajo que me esperaba,



pues la diosa Themis no da tregua, pero me animaba el hecho de que ya faltaba muy poco para jubilarme.

Me vestí como de costumbre. En esa ocasión, me puse un traje que me gustaba mucho, de color gris Oxford, y lo combiné con una camisa blanca, una corbata vino y mis zapatos negros. También me puse mi reloj, ese que solo uso en ocasiones especiales, a pesar de que era un día como cualquier otro, es verdad que más frío, nublado y lluvioso; se me antojó llevarlo, pues iba bien con mi vestimenta.

Mi esposa me había preparado unos chilaquiles que, como siempre, eran deliciosos. Mis hijos todavía dormían. Me senté con ella en la pequeña mesita en la que acostumbramos a desayunar.

La casa se percibía triste, la atmosfera era densa y un silencio estremecedor se había adueñado de las estancias. Me serví una taza de café, me disculpé, le dije que no tenía hambre, que casi no había dormido y que no me sentía bien. Me dijo:

— Te ves pálido, no te preocupes, ¿por qué no te quedas en casa?, yo hablo a tu oficina para reportarte indispuerto.

— ¡No!, tengo un asunto muy delicado, debo discutirlo con mis compañeros, te prometo que al terminar regreso inmediatamente.

Así me despedí, me dio la bendición, nos abrazamos muy fuerte, me dijo:

— Te amo

— Yo más —respondí.

Y, nuevamente, esa mirada profunda cuyo significado no alcanzaba a discernir.

— Me despides de los hijos, recuérdales que los amo.

El día anterior me habían entregado mi carro viejo tras una muy larga reparación. Aunque tenía otro más moderno, pensé: «Me voy a llevar a mi “Prieto”, tanto que me gusta ¡y de cuántas me ha salvado!».

¡Cómo no recordar aquella diligencia de restitución de un terreno a favor de una víctima! Era un lugar apartado, lleno de bosque, terracería

y arroyos. No sé por qué me llevé al «Prieto», venía rozando por todos lados, pero nunca me dejó tirado. Sin embargo, fue una diligencia muy difícil, las personas que a las que había que desalojar definitivamente no eran buenas, se les veía lo «malandras» hasta en los huesos, en particular al líder, un tipo moreno, muy alto y robusto al que en la negrura de la noche le blanqueaban los ojos, tenía una mirada que no podía quitarme de encima.

En fin, seguí con la tarea de concretar la restitución a favor de don Manuelito, que, dicho sea de paso, también, tenía una carita de «malandro» y pocos amigos que yo ya no sabía para donde arrimarme.

Eso sí, al «moreno» le seguí los pasos con la vista todo el tiempo, pues algo así como un sexto sentido me decía: «Ponte listo porque si no este sí te va a poner en aprietos». Como pude, ordené que se sacará del terreno a restituir una casucha improvisada de madera, pero que previamente rompieran las cadenas y candados que sujetaban una puerta de malla ciclónica. Así accedimos al lugar. Había un borrego, perros y gallos de pelea.

Cuando el «moreno» y sus acompañantes repararon en que la diligencia iba en serio, me pidieron les permitiera sacar sus pertenencias y animalitos, petición a la que accedí. Sin embargo, ese sexto sentido me decía algo, fijé la mirada en un muchacho de no más de 18 años, vi que entró a la casucha de manera muy sospechosa e inmediatamente experimenté una sensación de peligro inminente, así que di la orden a uno de los dos policías que me acompañaban para que corriera a la casucha porque, pensé, el muchacho algo iba a sacar. Dicho y hecho, portaba tremenda pistola que nada más verla los ojos casi se me salieron de las órbitas. Y, ahora sí, como dice el viejo adagio: «Patas para que las quiero y que cada quien salve su pellejo». Todos salimos disparados y, envalentonado, el muchacho disparó varias veces el arma.

Como pude, llegué veloz como el rayo a mi «Prieto» y le dije: «Córrele porque ahí viene la huesuda»; pareció entenderme y, rechinando, patinando y revolcándose en la terracería aceleró a fondo. Gracias a Dios los habíamos perdido de vista, aunque todavía escuché otro par de balazos.

Reduje la velocidad, encendí un cigarro para relajarme un poco y, cuando di vuelta a la derecha, aún en la terracería en una pendiente ascendente, se me pegó una *pickup* color rojo cuyo sistema de escape hacía un ruido ensordecedor. Miré por el retrovisor y mis ojos volvieron a salirse de las órbitas. Era el «morenote», y ahora sí le vi dibujado en el rostro al mismísimo chamuco. Me golpeó en la parte posterior y por poco nos fuimos derecho al barranco. Nuevamente, eché mano del viejo adagio que les platiqué... Le dije a mi «Prieto»: «Córrele porque si no estos no me la van a perdonar», parecía que me escuchara. Me encomendé a todos los santos e iniciamos nuestra loca carrera. Ellos llevaban ventaja porque, además de conocer al dedillo la zona en la que nos encontrábamos, su vehículo era apropiado para esos terrenos agrestes, pero mi compañero jamás se amilanó: al contrario, lo oía bufar como toro y corrió como una verdadera saeta. Así llegamos a la cima, cuando tocamos el asfalto, les llevábamos unos diez metros de distancia. Ahí sí, a como nos toque, pero «Prieto» y yo decidimos que era mejor seguir huyendo, dado que el «moreno» venía acompañado de otros dos pequeños gorilas.

Comoquiera que sea, tres contra uno no es decente —y creo que, en este caso, uno contra uno tampoco, pues el «moreno» me sacaba unos 50 centímetros de estatura—. La persecución duró aproximadamente unos diez minutos, hasta que llegamos a un pequeño poblado en el que había una isla para despachar combustible. Ya era de noche, había pocos autos y poca gente en la calle cuando alcancé a notar la presencia de un coche patrulla con un par de oficiales en su interior, así que presioné violentamente los frenos, di un volantazo a la izquierda y fui como una flecha en dirección a mis salvadores.

El «moreno» hizo lo mismo, lo cual me resultó muy extraño, pues sin duda advirtió, al igual que yo, la presencia de los agentes del orden. Me detuve y les informé lo que sucedía, dejaron de comer las tostadas de pata y tinga que estaban devorando y me dijeron: «Jefe, jállese porque es el “oso” el que viene por usted en esa camioneta».

Esas palabras retumbaron en mis oídos y, a la voz de mando, nuevamente iniciamos nuestra loca carrera. Poco a poco empecé a percibir que las luces del vehículo que nos perseguía veían más pequeñas, eso me dio cierta tranquilidad, pues supuse habían desistido de sus oscuras

intenciones. Aun así, le di otro picón al «Prieto» y corrió con más enjundia. Llegamos a casa, espantados, enlodados y sin aliento. Saludé a mi esposa e hijos, les pedí que subieran a dormir, me bebí un par de copas o quizá tres, la verdad es que ya no lo recuerdo; finalmente, me quedé dormido en el sofá.

Recuerdo, también, aquella otra ocasión en la que procesé y luego sentencié a un tipo que, en una fiesta, había «picado» a otro muchacho, una agresión que a la postre le causó la muerte.

Por cierto, todo se originó porque el «matador» y sus acompañantes «chuleaban» a la esposa del difuntito. Ella nada tuvo que ver, y mucho menos provocó aquel terrible y fatal desenlace. Más bien, el suceso fue consecuencia del jolgorio, el alcohol y la testosterona de los varones, cosa que, en definitiva, no le pareció al marido de la mujer ofendida. Por ello, encaró a los sujetos, quienes, en bola, no solo lo golpearon; uno de ellos tomó un arma punzocortante y con una certera puñalada le atravesó el corazón de lado a lado; la muerte ahí mismo reclamó su alma, y un agresor fue detenido.

Durante el proceso, se apersonó, audiencia tras audiencia, el padre del detenido, un tipo con muy mala facha que se decía elemento de las fuerzas nacionales de seguridad. Nunca pasó más allá de los estrados y tampoco pidió entrevistarse conmigo, si bien siempre lo veía en la calle, a cierta distancia de donde estacionaba a mi «Prieto», al menos me percaté de ello unas seis o siete veces, cosa que me parecía muy extraña y que, desde luego, no era producto de la casualidad. Me tenía bien ubicado y, en fin, su actitud motivó que me pusiera más alerta.

El problema se dejó venir cuando llegó el momento del dictado de la sentencia. De acuerdo con las evidencias aportadas en el juicio, el veredicto era claro y contundente. Más allá de cualquier duda, el sujeto era culpable por la muerte de Francisco, así que le condené con todo el rigor de la ley, pues sus manos asesinas habían segado la vida de un joven esposo que no pasaba de los 28 años de edad y había destrozado no solo a la joven viuda, sino también a toda su familia. Definitivamente, el final de esa historia fue muy triste.

Por otro lado, al conocer el sentido del fallo, Antonio, el padre del detenido y agente de las fuerzas del orden perdió la relativa cordura con la que se había comportado a lo largo de las audiencias —una tras otra— a las que acudió. No solo maldijo al personal y a los familiares del difunto, sino que también lanzó amenazas de muerte hacia mi persona.

Sin duda, cuando uno se desempeña como juez, nunca dejas satisfecha a una de las partes, circunstancia que crea animosidad hacia tu persona. Por tanto, no di mucha importancia a esa amenaza, aunque sí tomé más precauciones.

Ese día, en especial, salí muy tarde porque debía terminar de redactar una sentencia por delito de secuestro, misma que llevaba semanas estructurando, resolución que, por fin, a eso de las 23:50 horas se estaba notificando a los justiciables, quienes, en contraste con el anterior condenado, reaccionaron con total serenidad cuando se les comunicó la pena privativa de libertad de 40 años que se les había impuesto.

En fin, recogí mis cosas, levanté mis documentos, guardé en el portafolio otro asunto que ya reclamaba su sentencia, subí a mi «Prieto» y conduje rumbo a mi domicilio. Resulta que en una calle angosta y llena de baches reduje la velocidad y, en ese momento, a unos cuatro metros de distancia, un vehículo grande, tipo Grand Marquis se me echó encima intempestivamente. Ese auto estaba estacionado, jamás me imaginé que alguien estaba dentro y menos todavía que intentara detenerme. Tuve temple y reaccioné para acelerar y ganarle el paso, cosa que logré, aunque alcanzó a colisionar en el costado izquierdo de «Prieto», lo cual provocó me subiera un poco al camellón. Sin embargo, eso no detuvo a mi fiel amigo, pues se acomodó y salimos disparados. Llegué a casa temblando y espantado, no era para menos, e inmediatamente vino a mi mente el recuerdo de aquella amenaza. Sin duda, ese sujeto algo tenía que ver con el episodio.

Los días pasaron sin novedades, ya había olvidado el asunto. Sin embargo, por precaución y para salvaguardar mi vida e integridad, había echado al portafolio, que como perro fiel siempre me acompañaba, una pistola calibre 38 especial que hacía muchos años me regaló mi papá (q.e.p.d.). Nunca la había usado y mucho menos la cargaba entre mis

pertenencias. Sin embargo, dadas las circunstancias, pensando en que nunca tuvimos protección de ninguna autoridad y menos aún permiso para portar un arma, me vi en la necesidad de infringir la ley. No había opción, solo era por un tiempo, necesitaba «algo» con qué defenderme en caso de que fuera necesario.

En ese tiempo logré avistar al tipo un par de veces, escondido tras una caseta de teléfono público o simulando que hablaba. Sin embargo, cuando observó que me percataba de su presencia no le importó. Desafiante, dirigió su mirada a mí y se levantó la chaqueta para que viera una enorme pistola que a lo lejos se apreciaba con cachas en color dorado y que llevaba fajada en la cintura del lado izquierdo; entendí que la cosa iba en serio.

Me trasladé a las oficinas del señor presidente en el Palacio de Justicia, quien, transcurridas cuatro o cinco horas, me recibió. Serían ya cerca de las 12:00 de la noche; con mala cara y enfadado, me dijo: «¿Qué quieres?, rápido porque ya es muy tarde». De inmediato le expliqué lo sucedido, le pedí ayuda, pues sentía, o más bien presentía, que algo grave podía pasarme.

Estoy seguro de que ni me prestó atención; me dijo: «Si te hubiera querido matar, ya lo habría hecho en las oficinas que ocupas en el juzgado, no seas collón, yo me libré de muchas y mira, “aquí estoy, vivo y coleando”, vete a trabajar, tómate un café y pan». Se sonrió, se retiró y me dejó solo en sus oficinas.

Salí de palacio, subí a mi «Prieto» y sentí que tal vez estaba exagerando, quizá el presidente tenía razón, pensé. Serían alrededor de las 00:20 minutos; tomé rumbo a mi casa, que quedaba más o menos a una hora. Cuando hube pasado la primer caseta, se me pegó un vehículo tipo camioneta, de esas grandes y robustas. Enseguida me puse en alerta; sí, era el mismo tipo, sin duda, tenía toda la intención de ajusticiarme por haber sentenciado al inocente de su hijo. Empecé la huida y mi «Prieto» corrió tan veloz como el rayo. Desgraciadamente, le pegaron un plomazo a la calavera, e incluso, no exagero, hasta el olor a quemado invadió el interior de mi auto; luego encontré la ojiva incrustada en el asiento, pero en una parte de la base de metal de mi lado, es decir, estuvo cerca.

Más adelanté me detuve en la estación de la Policía Federal. Estaba pálido, comenté a los agentes lo que me acababa de suceder, les pedí que saliéramos a la autopista, ya que el tipo emprendió la huida hacia el norte y no había manera que se desviara. Bastaba una llamada por radio a sus compañeros diseminados a lo largo de la autopista para que lo toparan.

Sin embargo, la atención fue nula, poco les importó de que me identificué como juez. Una mujer obesa, cuya camisola parecía que iba a reventar —se veía que la botonadura que le sujetaba sufría, algo así como un ahorcado al que se le está saliendo la lengua—, susurró: «Algo ha de haber hecho éste cabrón»; «sí jefe, ya tomamos sus datos y los del vehículo que describió, le sugerimos que mejor se espere un rato ahí en la sala y se vaya más tarde, no se preocupe».

Taciturno, salí del lugar. Me sentía decepcionado, la indiferencia de las fuerzas del orden y el comentario malsano de la oficial no hicieron más que aumentar mi soledad, miedo e impotencia. Ni hablar, abordé mi vehículo, saqué de mi portafolio el revólver calibre 38 especial, lo coloqué entre el asiento y la consola de tal manera que en cualquier momento pudiera echar mano del letal artefacto. Todo estaba muy oscuro y solitario, circulaba a unos 160 kilómetros por hora y en algunos tramos rectos, no exagero, llegué a los 200 kilómetros por hora, pero no me crean, como dice el sabio refrán: «El miedo no anda en burro» —por cierto, ¿sabes que significa esa frase? Es una forma de decir que una persona con miedo huye de manera rápida, no anda lenta ni tranquila ante el peligro, como en general hace el burro—. Nada sucedió, llegué a casa y otra vez me tomé un par de alipuses y me quedé dormido. Por supuesto, al día siguiente la dueña de mis quincenas no me creyó ni una palabra de lo que lo que le conté.

Me bañé, me cambié, desayuné y ya estaba de camino al trabajo. En las oficinas, al mediodía me hablaron de la presidencia: «Señor juez, el presidente quiere hablar con usted». De inmediato me puse en alerta, las manos me sudaban, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, me aventé un recorrido mental velocísimo y me preguntaba ¿qué hice?

—Bueno, señor presidente, un gusto saludarle nuevamente, estoy a sus órdenes, ¿en qué le puede servir este despojo de hombre?

— ¿Cómo estás?, me quedé preocupado con lo que me comentaste ayer. Arregla tus cosas, recoge tus libros porque hoy mismo en la tarde recibes el juzgado de la «Peñita». No quiero tener remordimiento de conciencia si algo te pasa.

— Muchísimas gracias, «don viejito», digo, don presidente —soltó una enorme carcajada y yo también, pero la mía era de nervios y la de él no lo supe a ciencia cierta, pero se había reído y eso era bueno.

Más veloz que una serpiente, arreglé mis cosas, subí mis libros al «Prieto» y en punto de las 15:00 horas ya estaba en la «Peñita». Un funcionario muy estirado, integrante del exótico Consejo de la Judicatura, me entregó ceremoniosamente posesión del juzgado, se despidió de mano, que —luego lo vi— se limpió tallándose en el pantalón de su muy elegante ropaje, me deseo éxito y se retiró.

Había ocho juzgados, mi nueva adscripción se ubicaba justo en medio del edificio, yo era el número 4. No voy a mentir, me sentí intimidado, para aquellos ayer decían las malas lenguas que los ocho jueces de ese lugar eran lo mejor del tribunal, es decir, la artillería pesada, las armas secretas, la crema y nata de la sociedad judicial; sin embargo, yo llegaba por un azar del destino o quizás el presidente vio en mí alguna cualidad, pues duré en el cargo cinco años.

Nunca olvidaré todas las enseñanzas y anécdotas, las personalidades eran muy distintas; entre los jueces había una lucha de egos: no faltaba el desparpajado, el galán, el mamado, el risueño, el que no ríe ni habla ni respira, pero que no pierde detalle alguno con su mirada inquisitiva; definitivamente este último tipo era muy extraño, pero me llevé muy bien con él.

Así pasaron un par de semanas y me avisaron otra vez: «Señor juez, el señor presidente quiere hablar con usted nuevamente». Me sucedió lo que ya les dije: sudoraciones, escalofríos, recorrido mental y la pregunta, esa pregunta que te quema, te mata, te aniquila, te hace agonizar: ¿qué hice? (normalmente, o nunca, te hablan para felicitarte).

Con voz entrecortada, contesté:

— Bueno.



— Bueno el pescado, ¿no crees?

— Exquisito, mi presidente.

— ¿Ya fuiste al restaurante de mariscos El sireno gordo?

— No.

— Cuando vayas, pide una trucha a la mexicana, te vas a chupar los dedos.

— Así lo haré, debe de estar exquisita.

— Bueno, bueno, te llamo para que te hagas cargo de todo el edificio, quiero que pongas orden porque he recibido muchas quejas de los usuarios: los jueces llegan tarde, los policías no cumplen con su deber, los sanitarios no funcionan adecuadamente, en el estacionamiento no se respetan los cajones y un larguísimo etcétera. ¿Estás de acuerdo?

— Claro que sí, muchísimas gracias por la distinción, es un honor.

— Correcto, cualquier cosa que necesites, hablas con la «China» — su secretaria. —Adiós.

— Hasta pronto, mi presidente.

Caray, como si no tuviera suficiente trabajo. Estaba ahogado de audiencias, sentencias, la escuela, los diplomados, cursos, etcétera y, encima, el «chismoso» encargado del mantenimiento del lugar, definitivamente, no me tenía contento. Empero, no hay opciones: es o es, y punto.

Empecé la ardua labor. No conocía a la «China», pero hablábamos constantemente por teléfono. Siempre me apoyó en todo lo que le pedí, hasta pintaron el edificio, cambiaron los suelos, los muebles de baño, actualizaron las oficinas de los compañeros y todo parecía marchar muy bien. Solo una cosa no me gustaba, las áreas de estacionamiento, que se encontraban pegadas al centro de reclusión. El encargado era el «Chango», así apodaban al jefe de los policías de seguridad, ya ni te cuento como era su aspecto físico. En efecto, al igual que lo que indicaba su mote, simplemente caminaba en dos patas y sabía hablar. Me entrevisté con él y le dije:

— Mire, oficial, tengo noticia de que usted recibe dádivas para apartar lugares a los compañeros, etcétera; eso no está bien, este lugar es propiedad del Poder Judicial, no le voy a permitir que siga abusando, le informo de que voy a solicitar su traslado y el de los otros elementos que le apoyan porque ya llevan mucho tiempo aquí y eso es nocivo.

El oficial me dijo:

— ¿Tiene usted pruebas de lo que me imputa?

— Bueno pruebas, pruebas, no, pero todo el mundo lo sabe.

— Yo a usted no le he pedido ningún centavo.

— No, por supuesto que no sería usted tan tonto como para pedirme dinero.

— Mire, jefe, usted dedíquese a lo suyo y deje que el mundo gire, que la gente sea feliz, nadie le va a reconocer nada y menos le van a mandar a hacer una «esfinge» —eso dijo—, lo único que se va a buscar son problemas, y muy graves.

Enseguida se levantó, se dio la vuelta, se detuvo en el quicio de la puerta y con esa mirada de chango me atravesó de lado a lado.

Definitivamente, el desafío estaba lanzado, a pesar de que me sentía un poco amedrentado, pues toda la vida andaba solo y no podía ni debía echarme enemigos. Resulta que un viernes salí muy tarde del juzgado, ya que habían puesto a disposición a muchos detenidos.

Cuando abordé mi «Prieto», me salió al paso el «Chango», y en tono irónico me dijo:

— Que descanse, que esté usted muy bien.

Sonrió y siguió su camino. Definitivamente, ese tipo era perverso y malo, no le respondí, continué mi camino. Al salir del estacionamiento, una señora me hizo señas desde su auto, me detuve y me dijo:

— Oiga, ¿aquí es donde puedo dejar mi vehículo para «pensión»? Voy a salir el fin de semana, me comentó mi comadre que la mayoría de los vecinos de la colonia los dejan aquí los fines de semana y que incluso

los tianguistas dejan sus vehículos los domingos porque en vía pública se los lleva la grúa.

Al escucharla, mi intención fue decirle que no, pero de inmediato reaccioné. ¿Y si el «Chango» quería pruebas?, pues le iban a entregar pruebas, así que le contesté:

— Ah, pues mire, no lo sé, sin embargo, pase usted, ahí la van a atender.

— Muchas gracias —se despidió e ingresó al estacionamiento.

Me puse en contacto con la «China», le pedí que en la madrugada del sábado se implementara un operativo con la contraloría y agentes investigadores, ya que tal conducta no solo era constitutiva de una falta administrativa, sino también de un delito. Le expliqué los pormenores, me pidió estuviera presente el día y hora acordados, y accedí.

En la madrugada del sábado, decidí ponerle una trampa al «Chango». Enviamos como avanzadilla a dos mujeres policías camufladas, iban en vehículos distintos, se entrevistaron con el «Chango» y sus secuaces, pidieron pensión, pagaron y dejaron los vehículos. Todo quedó grabado.

Poco más tarde, aparecimos justo en el momento en que había otros dos autos; sus ocupantes estaban pagando, el estacionamiento estaba lleno, e incluso les dejaban las llaves de las unidades para que los acomodaran. Entramos en acción, fueron detenidos y consignados, el «Chango» me amenazó de muerte y no hice caso, pero, desgraciadamente, salió en libertad bajo fianza. A los pocos días andaba en las inmediaciones del edificio, nunca me dijo nada, pero lamentablemente, mi «compañero de batallas» sufrió un severo castigo: con palabras sucias rayaron su immaculada pintura y con una especie de barreta que encontré tirada a un costado rompieron el cristal de la portezuela del lado del copiloto, golpeando sin piedad el tablero y clúster de instrumentos, también navajearon dos neumáticos; fue un episodio muy triste que me llenó de rabia, pero nadie quiso delatarlo, nadie había visto nada, dado que, como dejaba mi auto en el fondo del estacionamiento, decían no haberse percatado.

Cuando intenté encenderlo, arrancó por breves minutos, hizo un ruido extraño, el motor estaba muerto; me fijé en el lugar donde ingresa la manguera para cargar combustible, no tenía el tapón, estaba regado en el piso, así como en esa zona, mucho líquido mal oliente, azúcar, cemento; estaba claro que habían «envenenado» a mi fiel escudero.

Llamé a la grúa y fui a guardarlo, todos me decían que lo mejor era venderlo o que se lo llevaran al deshuesadero («es un carro viejo y la reparación te va a salir muy costosa»). Pero yo jamás iba abandonar a mi compañero que, en los momentos más difíciles, estuvo a mi lado, no lo dejaría morir así, no sabía cuánto me iba a costar, ni cuánto tardaría en repararlo, pero, tenía que traerlo de vuelta a la vida.

Tardé muchos años, pero por fin lo logré.

Así fue como aquel día frío y lluvioso decidí viajar en mi «Prieto».

Se conducía cómo de agencia, el motor, mejor imposible, rugía como un león en la selva, me sentía muy contento, tomamos la autopista, coloqué un CD con mis canciones favoritas, cientos de recuerdos empezaron a inundar mis pensamientos, cuántas y cuántas vivencias, ya pronto me iba a jubilar, era cuestión de aguantar un poco más, aunque mi osamenta ya llevaba más de medio siglo de existencia y, sin duda, los achaques se dejaban sentir con frecuencia. Empero, los nuevos proyectos que quería encarar me mantenían en pie.

La autopista estaba muy solitaria, serían aproximadamente las 8:00 a.m., no había vehículos, no vi gente, era muy extraño, solo sentía más y más frío. Encendí el calefactor del auto, aceleré un poco, quería darme el gusto de sentir ese grandioso día al lado de mi «Prieto», siempre pensé que me entendía; obviamente, era una locura, eso no podía ser posible, simplemente se trataba de un automóvil, pero había algo, que no puedo explicar; él nunca me falló y siempre sentí que me protegía e incluso que me arropaba en todo momento.

Repentinamente, comencé a sentir una extraña compresión en el pecho y un dolor intenso en el abdomen. Miré por el espejo lateral, vi un caballo negro como el infinito, con ojos de fuego, cuyo jinete era la misma muerte, cabalgaba a gran velocidad. Pensé que el final estaba cerca, que pronto habría de atraparme.

Aceleré como pude, momento en el cual escucho el crujir de fierros, era extraordinario e indescriptible, los cristales volaron en mil pedazos, no podía creerlo: el «Prieto» cobró vida, era un enorme corcel blanco como la nieve, permanecí asido a su lomo, sentía su respiración agitada, su cuello sudaba, cada vez corría más y más velozmente mientras el caballo de fuego nos seguía el paso. El «Prieto» echaba espuma por el hocico, montado a su lomo me acerqué hasta que nuestras miradas se cruzaron. Percibí su angustia y su impotencia porque no podía protegerme, le dije que el día había llegado, le hable: «Siempre fuiste el mejor, descansa querido amigo, es una batalla a muerte».

Repentinamente, la bestia se encontraba a nuestro lado, mi «Prieto» no se daba por vencido y, en un momento dado, confrontó al corcel negro. Inmensos y fuertes, ambos se levantaron sobre sus patas traseras golpeándose una y otra vez. Definitivamente, fue una lucha de gigantes, la muerte me reclamaba y no iba a parar.

Mi fiel compañero iba perdiendo la batalla, su cabeza y sus patas sangraban, y el gigante negro no presentaba ni un rasguño. De un golpe certero, el «Prieto» y yo salimos disparados, caímos en un campo de rosas blancas, nos separaban un par de metros, me arrastré como pude hasta donde se encontraba, las espinas de las rosas lastimaron mi cuerpo. Comprendí que sufría ese castigo por los pecados que había cometido, pedí perdón e indulgencia a Dios, mi amigo sangraba por sus ojos, llegué, le abracé del cuello, besé su frente, le di las gracias y en un suspiro final, ambos nos despedimos. Ahí la bestia reclamó mi vida.

Mi alma se desprendió literalmente de mi cuerpo, estaba atestiguan-do todo lo que pasaba alrededor, habíamos sufrido un accidente espantoso, el «Prieto» era una masa de fierros retorcidos, nada quedaba de su hermosa figura, había sangre por todos lados. Decían: «¿Qué pasó aquí, por qué huele a azufre?, pobre señor, está en el campo de los rosales, tiene lágrimas en los ojos, debió de haber sufrido mucho antes de morir, pero mira sus brazos, quedaron como si estuviera abrazando algo, pero es increíble, mira, se formó en el contorno de su cuerpo el símbolo de la cruz, mejor vamos a dar parte a las autoridades, no vaya a ser otra cosa».

Me llevaron al SEMEFO y el médico legista dio su veredicto: murió de un infarto fulminante. Quedé paralizado, estaba muerto; mi familia reclamó mi cuerpo, sufrieron, me velaron y me enterraron.

Ninguno de mis nuevos proyectos se concretó, me sentí muy deprimido y triste, amo tanto a mi mujer y mis hijos y ya no voy a poder abrazarlos ni verlos crecer. Nada, se acabó, me senté en una piedra.

Hasta mis pies llegó mi perrita Tota, ella había muerto hacía muchísimos años, vivió a mi lado, en los momentos más amargos de mi existencia solíamos hacer caminatas muy largas. La abracé, movió la cola y quería que la siguiera por un sendero hermoso. La atmosfera era muy liviana y cálida y el lugar muy placentero, ya no me dolía nada; increíblemente, toda la carga a mis espaldas había desaparecido, pero la tristeza seguía presente, no podía hacer nada.

En mi vida profesional siempre mantuve algunas dudas respecto de ciertos asuntos sometidos a mi escrutinio. No sé por qué, pero, intempestivamente, empecé a recordarlos uno a uno. En ese sendero fui abriendo puertas que se encontraban a los costados, y cada puerta era la verdadera historia de lo que realmente sucedió.

Te voy a contar lo que vi, pero quiero que sepas que, aunque lo que vas a leer es, en esencia, cierto, incorpora también una dosis de fantasía.

Después de la lectura, quizá comprendas lo difícil que es la vida del juez, siempre en soledad y librando una batalla incansable por conocer la verdad de la verdad.

Para ti va una parte de mi historia.





*Capítulo 2*

---

**El fin del mundo**





Como les dije, al caminar a través de ese sendero hermoso había muchas puertas, eran muy variadas —altas, bajas, angostas, anchas, quemadas, viejas, nuevas, etcétera.—, y precisamente una de ellas, que era de un tono entre morado y rojo, pero que estaba muy deteriorada, suscitó mi curiosidad y, por lo tanto, entré.

Ya era tarde, el manto de la oscuridad empezaba a tejer su misterio, inundado de silencio en calles y casas. Yo caminaba por la avenida 20 de noviembre esquina 16 de septiembre, precisamente frente al número 666, y la tenue luz de una vela se divisaba a través de una pequeña abertura entre el zaguán y el castillo de concreto que la sujetaba.

Me llamaron la atención las sombras que giraban en torno a la pequeña vela, los cantos, los gritos, los llantos, los susurros... todo era confuso y tenebroso.

Trasasé el zaguán porque siempre quise saber qué fue lo que realmente sucedió en ese lugar, hacia años había resuelto ese asunto, pero invariablemente tuve la sensación de que la verdad de la verdad nunca fue revelada a autoridad alguna.

Así, vi un corredor muy largo y angosto más negro que las mismas tinieblas que parecía la cola de una serpiente y no alcanzaba a ver más que la lucecita que, como una luciérnaga perdida en el camposanto, se asomaba al final del laberinto.

Por fin, exhausto y tembloroso, llegué al final del camino, una pequeña construcción humilde que se erigía de entre la penumbra con maderas y plástico; en la punta había una enorme cruz de unos 30 metros de la que le colgaba el ropaje en color púrpura de la muerte. Esos ojos de tiburón, sin vida e inexpresivos, me permitieron deducir que algo terrible iba a suceder.

Me asomé a la pequeña ventana y vi a unas cinco o seis personas adultas, todas mujeres, y a dos niños de entre cuatro y siete años, respectivamente; el suelo estaba repleto de colchas, sábanas y ropa, y las mujeres elevaban plegarias, lloraban, gritaban. Todo era un caos.

Los menores transmitían su angustia y desesperación, el pequeño estaba en brazos de la madre, que lo zarandeaba para un lado y otro, e impetraba al cielo el perdón divino por los pecados de la humanidad. Parecía que el fin de los tiempos había de cumplirse ese día y en ese momento. Escuché los cascos de los caballos en los que cabalgaban los jinetes del Apocalipsis: no había duda, Jesús había abierto cuatro de los siete sellos de la mano derecha de su Padre, liberando al caballo blanco, bermejo, negro y amarillo, no eran más que las alegorías de la victoria o la gloria, la guerra, el hambre y la muerte.

Un escalofrío inexplicable atravesó mi alma, el terror me invadió hasta el tuétano de los huesos, corrí a esconderme debajo del hueco de una pileta muy antigua cuyo sostén eran únicamente unos tabicones sobrepuestos, tuve tanto miedo que me quedé paralizado, comenzó a llover de una forma tan espantosa que los golpeteos de las enormes gotas de agua sonaban como latigazos en el techo de la casucha en la que aquellas personas lloraban y gritaban.

Repentinamente, un rayo surcó el cielo de lado a lado, el padre trueno rugió con tal coraje que los corceles relincharon y sus jinetes lo encararon blandiendo sus armas: la peste, la muerte, el horror, el miedo, la guerra, la gloria y la desesperanza. Todo era confusión y surrealismo. Fui testigo directo de esa lucha de gigantes, tenía la boca seca, no sabía qué hacer, me sentí como una hormiga tan insignificante como vulnerable. La atmosfera se hizo pesada, una neblina fue disolviendo a los equinos con sus guerreros, introduciéndolos sigilosamente por las ventanas y los pequeños espacios que había entre las puertas al interior de la vivienda. Observé cómo se fueron metiendo en la boca de las mujeres, que seguían en un estado de completo éxtasis, intensificado ahora por la locura.

Los niños no fueron rozados por la neblina; supongo que se trataba de criaturas limpias, inocentes y libres de cualquier pecado, salvo el original, por el que fue castigada toda la humanidad.

Poco a poco fue consumiéndose el fuego de la vela, pero apenas empezaba el terror en esa vivienda. El niño pequeño comenzó a llorar de una forma que sobrecogió todo mi ser; sollozaba con mucho sentimiento, de ese modo que, inexplicablemente, te dan ganas de llorar también a ti porque lastima el alma, y solo ella conoce el idioma y origen del llanto.

Los gritos de las mujeres se hicieron cada vez más fuertes, y una de ellas dijo: «“El diablo” está entre nosotras, quiere aniquilarnos, se rehúsa a que alcancemos el reino de la gloria, debemos luchar, Dios nos da luz y fuerza».

Otra tomó a un pequeño y comenzó a rezar, se hincó e imploró misericordia al creador, le pedía fortaleza para librar la buena batalla contra el maligno, se arrastró entre los colchones esparcidos en el suelo, se arremolinaba como una anaconda dentro de las sábanas, tiraba puñaladas a diestra y siniestra en toda la vivienda, pero no vi jamás al oponente, aunque confieso que escuché una triada de sonidos guturales que me pusieron los pelos de punta y que, estoy seguro, no provenían de ninguna de las mujeres presentes.

En un momento determinado, la atacante puso los ojos en blanco y cayó fulminada como por un rayo al costado de una pequeña estufa. Se golpeó tan fuerte la cabeza con el filo de una especie de mesita que la sangre salpicó los colchones, las sábanas y las colchas.

Ahí quedó tendida, nadie acudió a socorrerla, únicamente le miraban con horror, estaba claro que el señor de la oscuridad había vencido.

Enseguida, busqué con la mirada a los pequeños y me percaté de que «el grandecito» estaba escondido en un pequeño espacio formado entre la esquina de una puerta y un sillón viejo. Solo le vi las puntas de los tenis que usaba, pues estaba envuelto con ropas, sábanas y colchas.

Era evidente que había corrido a esconderse para salvar su vida, a pesar de lo pequeño que era. El sexto sentido que todo ser humano posee le transmitió señales de peligro inminente.

Seguí mi búsqueda frenética para localizar al más pequeño de los niños, que era una criatura angelical de tez apiñonada, cabello claro y

rizado, gordito en cuyo rostro destacaban un par de ojos negros y enormes a los que le escoltaban semejantes pestañas que la más hermosa de las mujeres envidiaría. Por fin lo encontré, la madre lo tenía envuelto en una especie de rebozo o chal, únicamente le asomaba la cabeza porque los brazos, el torso y las piernas estaban literalmente pegados al cuerpo de su progenitora, como si fuera una camisa de fuerza; sencillamente, estaba inmovilizado y era claro que esa posición le resultaba tan incómoda que no solo trataba de zafarse, sino que lloraba con tanta intensidad que hasta las ventanas se estremecían.

Repentinamente, la mujer que se había batido en duelo con el demonio empezó a recobrar poco a poco el conocimiento, y comenzó a gemir y emitir sonidos similares a gruñidos. Se veía espantosa, dado que su rostro estaba totalmente ensangrentado y sus cabellos, tan largos como su propio y diminuto ser, eran una suerte de grumo de color rojo encolado por la sangre seca y acumulada que le daba un aspecto de ultratumba; en verdad, hasta sus acompañantes de ritual se echaron para atrás al verla.

Actuaba erráticamente, hablaba sola, discutía con las paredes, profería insultos y lanzó un par de golpes contra la mujer más joven. Uno de ellos resultó tan certero y de una fuerza tan descomunal que la desplazó a no menos de tres metros de donde estaba.

Por un momento, dirigió la vista justo al lugar donde me encontraba, precisamente en la ventana, pero en la parte exterior; tuve el impulso de salir corriendo, me había descubierto y, considerando todo lo que había presenciado, pensé que no me iba a dejar salir vivo de ese lugar.

De inmediato, tomó el puñal que estaba tirado encima del colchón y que había utilizado para batirse previamente en el duelo. Visto estaba, sin embargo, que de nada le iba a servir, pues había perdido la batalla; amagó a todas las fanáticas que le acompañaron, que corrían de un lado a otro en círculos, se aventaban, le rogaban piedad y lloraban: no querían morir. Eso me extrañó, pues se suponía que estaban reunidas porque era la ceremonia del fin del mundo.

Estaba claro que eran muy conscientes de todo lo que sucedía a su alrededor, no podrían alegar demencia en un eventual juicio que se

enderezara contra ellas. Tal vez en este punto de la historia no existía claramente delito que perseguir, aunque sí podía alegarse el evidente maltrato psicológico a los infantes, conducta más negra que las mismas tinieblas que justifica el reproche punitivo, aunque había que presentar pruebas.

Observé a la madre del pequeño, se encontraba en una esquina de la casa tratando de ocultar a su hijo. Era evidente que lo estaba protegiendo, y eso me desconcertó, pues en el asunto que había resuelto muchos años atrás, la madre había confesado —declaración que nunca me pareció sincera, ahora lo corroboraba— que había muchas, muchísimas más cosas de lo que se mostró en el juicio.

Así, la atacante, a quien ahora llamaré Lupita, empezó a convulsionar, la cabeza se le retorció casi a 360°, y sus brazos y piernas parecían desarticulados, pero lo más impactante fue el cambio repentino de su expresión facial: se le endurecieron las cejas abundantes que poseía, se le veían juntas, su nariz se ensanchó, sus gruesos labios adquirieron el color del hígado de las reses, sus orejas carecían de cualquier simetría con el tamaño y la forma de su cabeza, es decir, estaban inclinadas totalmente hacia afuera y con terminación en semipunta; lo más espantoso eran sus ojos, el globo que los albergaba estaba rodeado de un rojo sangre muy intenso y el iris, que tiraba a verde, le daba un aspecto endemoniado.

Poco a poco, se fue acercando a la madre y al hijo —a quienes llamaremos Conchita y Toñito—, soltó una extraña y lúgubre carcajada, miró fijamente a Conchita y, con voz masculina y ronca, le dijo:

«El fin del mundo está por llegar, pero para alcanzar la vida eterna debemos ofrecer al padre de la oscuridad una visión pura a través de un alma inocente, será Toñito, quien deberá sacrificar la vista para entregar sus enormes ojos a Satanás”

«¡Nooooooooo!», gritó angustiada Conchita aferrándose a su hijo; Toñito, que parecía entender lo que le iba a pasar, empezó a llorar con mucha mayor intensidad que antes, pero ahora en su llanto se mezclaban el terror y angustia; lo único que hacía era retorcer la cabeza, dado que estaba totalmente inmovilizado.

Así, a Lupita y las otras mujeres, entre ellas Chabela, Mayte, doña Esthercita y Engracia, se le fueron acercando poco a poco, cual lobos al acecho de su presa mientras rezaban y alababan al señor. La verdad, ya no supe a qué señor, pues alzaban los brazos al cielo y luego a las entrañas de la madre Ceres.

Llegó un punto en el que ya no había espacio para retroceder, el destino estaba echado. Lo único que atinó a hacer Conchita fue implorar clemencia por su hijo, ella misma se ofreció como prenda, pero nada de lo que dijera o hiciera podía cambiar el rumbo de la historia. La bestia había instado a Lupita a cumplir sus deseos al pie de la letra y ella no le iba a fallar.

Entre sollozos, rezos, cánticos, gritos y locura, Toñito fue arrebatado del regazo de su madre; ella peleó como pudo, pero fue vencida. Un par de puñaladas en la cabeza la inmovilizaron. Después la golpearon con los puños cerrados y le dieron patadas en todo el cuerpo.

Observé que el hermano de Toñito, a quien llamaremos Juanito, miraba aterrado lo que le estaba sucediendo a través de una pequeña abertura que construyó entre los trapos y sábanas en los que se resguardaba.

Entre tanto, Conchita, bañada en un mar de lágrimas y cubierta de sangre por las puñaladas en la cabeza, solo imploraba que dejaran en paz a su hijo. Sin embargo, ya no había retorno: Toñito estaba sujeto de pies y manos, y Esthercita lo tenía bien agarrado del brazo izquierdo, Chabela, le sujetaba el brazo derecho, Mayte, la pierna izquierda y Engracia la pierna derecha.

El momento había llegado; Lupita se acercó con paso firme y decidido al rostro de Toñito y lo acarició con pulso tembloroso. Le dijo que no se preocupara por nada, que no le iba a doler, que todo acabaría en un instante, que todos habían de morir, pero que, gracias a él, los ahí presentes, incluyendo su propia madre, alcanzarían la vida eterna. Irían a un lugar hermoso donde la gente es buena, no hace frío ni calor, no existe maldad ni perversidad, tampoco envidia, riqueza o pobreza, todos gozan de la protección del Creador, pero solo los buenos, como ellos, añadió, pueden gozar de esa gracia y para ello deben dejar contento a Satanás: «Él pidió tus grandes y hermosos ojos, lo cual es un

insignificante sacrificio si tienes en cuenta que, al arribar al reino, una vez que llegue el fin de todos los tiempos, recobrarás de inmediato la vista y tus preciosos ojos».

Estaba extasiado de ser testigo de tanta locura y fanatismo, recordaba cada vez con mayor claridad los antecedentes del caso, pues cuando resolví, insisto, Conchita, estaba confesa de todo y por todo, pero su confesión no respondía a la verdad porque ella nunca participó en lo que le hicieron a su hijo. Siempre me llamó la atención que tuviera lesiones en la cabeza, el forense dijo que eran heridas producidas por un instrumento punzocortante y ella jamás explicó el origen de esas heridas, el fiscal ni siquiera indagó y menos aún el defensor. Ahora lo entiendo, mi hipótesis de juez era la correcta, mi verdad superaba la mentira vertida en el juicio, hubo más participantes en el hecho. Lo peor fue que condené a una inocente que jamás dijo la verdad.

Enseguida Lupita alzó sus manos al cielo, pidió permiso al ángel de la muerte para actuar y le fue concedido, sus dedos en forma de garra se clavaron de tajo en los ojos de Toñito, se escuchó un grito espeluznante y aterrador; ¡Dios mío, le había sacado ambos ojos con sus propios dedos!

Uno de los ojos fue a parar a los pies de su hermano Juanito, que con mirada atónita se quedó paralizado tapando el hoyuelo que construyó y no volvió a salir de su fortaleza. Conchita yacía inconsciente en un rincón de la habitación.

Los constantes gritos del pequeño Toñito motivaron que lo soltaran. El niño corrió por toda la estancia, se caía y se levantaba, se tallaba con desesperación los ojos, decía que no podía ver, se golpeaba contra las paredes, la estufa, las sillas y todo lo que encontraba a su paso, su rostro era una masa grotesca, hinchada y ensangrentada, simplemente no tenía forma: esos hermosos luceros habían desaparecido para siempre y sus pestañas tupidas y abundantes solo escurrían lágrimas de sangre.

A lo lejos se escuchaban golpes contra el zaguán. Era evidente que la policía había sido alertada y que tenían que entrar para verificar qué rayos estaba pasando en el interior de esa vivienda. Los vecinos habían reclamado su presencia, pues intuían que algo terrible estaba sucedien-



do. Así, la policía echó abajo la puerta peatonal de una de las hojas del viejo zaguán y alrededor de diez guardias de seguridad entraron en el inmueble. Inmediatamente me escondí en el hueco de la pileta, desde donde observé la detención flagrante de estas personas.

Todos los presentes atribuyeron la responsabilidad de lo sucedido a Conchita y, como ella había perdido el conocimiento y su cuerpo rezumaba sangre y presentaba lesiones severas, declararon que tuvieron que lastimarla para apartarla de su propio hijo, pues, afirmaron, fueron testigos del momento en que, repentinamente, le sacó los ojos.

¡Qué mentira más grande! Eso no fue cierto. Todavía hoy no alcanzo a comprender por qué Conchita encubrió a Lupita, Chabela, Mayte, Esthercita y Engracia, y jamás dijo la verdad; ¿sería por remordimiento de conciencia?, ¿sería por el miedo a los poderes de Lupita?, ¿sería la reverencia a Lucifer o realmente en el fondo de su alma aceptaba la ofrenda a este último?

Sinceramente, no lo sé y nunca lo sabremos. Lo cierto es que en este caso estaba en lo correcto: participaron todas y cada una de esas mujeres, pero no se hizo justicia, y lo más triste era el futuro incierto que le esperaba a Toñito en un mundo caótico y lleno de maldad.

Pasado un tiempo, me enteré a través de los medios de comunicación de que el gobierno estaba proporcionando algún tipo de educación especial para las personas de su condición, e incluso que le había regalado unos enormes ojos de vidrio, permanente recordatorio de la terrible noche del fin del mundo...



*Capítulo 3*

---

**Tiranía y muerte**



¡Cómo olvidar aquél juicio! Me dejó una huella muy profunda en el alma. He escuchado hasta el cansancio esta idea: «El juez no debe involucrarse en los asuntos puestos a su consideración, debe resolver fríamente; sus sentimientos y emociones jamás debían conjugarse en la valoración de los medios de prueba y mucho menos emitir un fallo con el corazón».

Si bien la palabra sentencia es, desde las perspectivas formal legal, una resolución en la que se decide la inocencia o culpabilidad de una persona, también lo es que su raíz etimológica, vinculada al precioso verbo latino *sentire*, no hace referencia a otra cosa que al sentir y al pensar, significado que permite afirmar que la resolución del juez expresa una opinión que es el producto de la percepción, el sentimiento y el pensamiento racional.

La verdad desnuda de lo que sucedió ese fatal 24 de diciembre de 1997 suscitó en mí muchas incógnitas. Siempre barrunté que una pieza del rompecabezas en el juicio no encajaba, a pesar de que dicté y ejecuté con rigor jurídico y técnico un fallo de condena que «agotó» todas las instancias revisoras. Nunca quedé conforme, pues estaba seguro de que en la secuela de los hechos había sucedido algo más. Ahora que tengo la posibilidad de abrir esta puerta, voy a descubrir la verdad...

Encarnación es una mujer joven y muy pobre, se había criado en el seno de una familia disfuncional. Además de que abusó de ella física y sexualmente durante muchos años —hasta los 14 años, edad en la que huyó de su domicilio—, el padre era un adicto y un vicioso. No trabajaba, obligaba a su esposa Luz a mantener a la familia lavando ropa ajena y le quitaba todo lo que ella ganaba; le dejaba algunos centavos para comprar frijoles, arroz y tortilla, la dieta invariable de toda la familia,

que estaba compuesta por la esposa, Luz, el malvado Pedro y los hijos: Encarnación, Adelaida, Salomé y Bryan.

Pedro era un tipo sin escrúpulos ni moral, nada le hacía más feliz que golpear, amedrentar y abusar de su familia, a cuyos miembros imponía con feroz agresividad su código de leyes. Nadie podía alzar la voz y mucho menos atreverse a desafiarlo, pues en tal caso su vida corría grave riesgo. Le gustaba beber y drogarse hasta altas horas de la madrugada, especialmente cuando jugaba su equipo favorito de fútbol; pobre de su indefensa familia si su equipo perdía, pues cuando eso sucedía los levantaba, los sacaba a la calle de terracería, los desnudaba y les echaba baldes de agua helada almacenada en una pileta; acto seguido se quitaba el cinturón —siempre dijo que era de piel de tiburón— y sus golpes dejaban huellas en los cuerpos de todos, especialmente en el de Encarnación, pues normalmente corría para proteger al pequeño Bryan, que en esa época no tenía más de tres años de edad, lo abrazaba con toda su fuerza y trataba de cubrirlo con su cuerpo desnudo y recibía toda la furia de Pedro en carne viva; más de una vez terminó en la Cruz Roja para curar sus heridas, pero nunca lo denunció, pues el miedo que le tenían ella y su familia era cerval.

En aquellos tiempos, Encarnación, todavía adolescente, conoció a Ramiro, un muchacho más grande que ella de buenos modales y trabajador que poseía una casita construida con tabique y loza. Se enamoraron y el producto de esa relación fue la procreación un bebé, una estrella brillante que habría de traer nuevas esperanzas a sus vidas.

Al saberse encinta, Encarnación decidió huir de su hogar, pues estaba segura de que su padre no la iba a perdonar y que, sin duda, la mataría. Le dolía mucho dejar a su familia en manos del tirano, particularmente al pequeño Bryan, al que amaba con todo su ser. Lloró hasta el cansancio toda esa noche y al día siguiente, muy de mañana, su amado la esperó en el centro del poblado, concretamente frente a la carnicería El Becerro de Oro.

Llegó el momento, pues no hay plazo que no se cumpla ni término que no venza. Ya tenía sus escasas pertenencias acomodadas en una pequeña caja de cartón, atadas con una jareta vieja. No comentó a nadie de su partida; su padre acababa de dormirse después de una maratónica

noche de vicio. Antes de salir por la ventana, se acercó al pequeño Bryan, que estaba profundamente dormido, le besó su pequeña frente y le persignó. Se quitó un escapulario que siempre llevaba colgado en el cuello —era de tela y tenía la imagen de Santo Niño de Atocha—, se lo colocó en el cuello, las lágrimas no le dejaban ver con claridad el rostro de su angelito, al que abrazó fuertemente. Quería llevárselo, pero se acobardó, temía que Ramiro lo rechazara. Volvió a acomodarlo lentamente en la tabla de madera que hacía las veces de cama y con el alma desecha se marchó del lugar.

Un poco más tranquila, después de unos 35 minutos caminando a trote, llegó al lugar indicado. Ahí estaba su amado, quien la recibió con mucho gusto, la abrazó y besó. «Pensé que no vendrías», dijo él. «Y yo pensé que no estarías», respondió ella; ambos tomaron el primer autobús de la corrida del día y, después de cinco horas de viaje, por fin llegaron a su nuevo hogar. Encarnación estaba muy ilusionada, todo le parecía hermoso, la pequeña casita era, para ella, un palacio. Ramiro se había esmerado, con sus propias manos la pintó de blanco y coloreó los filos de las dos pequeñas ventanas en azul colonial. La casa estaba flanqueada a ambos costados por dos enormes árboles de pirul, y a la entrada tenía unas macetas de barro con rosales en color rojo y blanco. A lo lejos se escuchaba el murmullo del río, cuya corriente cristalina fluía embriagada de paz y tranquilidad.

Entre tanto, el infierno se había desatado en la casa de su madre y sus hermanos. Pedro se volvió loco, arrasó con todos y los azotó sin piedad. Nadie pudo defender a Bryan, su coraza lo había abandonado a su suerte. El pequeño fue quien más sufrió, pues su padre descubrió en su pechito el escapulario que le había dejado Encarnación y su furia fue tal que le destrozó el rostro a puñetazos.

Después de la masacre, Luz llevó a Bryan al hospital, al que llegó inconsciente. Quince días más tarde, un familiar político de Ramiro le pidió que comunicara a su mujer que su hermanito Bryan estaba muy delicado de salud en el Hospital Regional El Cristo negro y que apenas alcanzaba a susurrar una y otra vez el nombre de ella.

Con el corazón encogido, Encarnación tomó el primer autobús para ir al hospital. Viajó de noche, Ramiro no la quiso acompañar porque

tenía que trabajar. Sin haber ingerido alimento alguno y en notorio estado de embarazo, llegó al hospital y gritó: «Bryan, aquí estoy mi bebé, eres mío, te vas conmigo, perdóname». El chiquito la escuchó y sus lagrimitas inundaron su rostro; ella entró al cuarto, y vio al niño en una camita muy humilde, sin más auxilio médico que una botella de suero colgado de un tubo oxidado y mal puesto en un tripié. Cayó de rodillas y se aferró a las sábanas que cubrían el cuerpo de su hermano, se levantó lentamente, le abrazó y lo colmó de besos, mil veces le pidió perdón. Su bebé le decía: «Te estaba esperando “Carnita mía”», ese era el sobrenombre con el que cariñosamente la llamaba. Se fundieron en un inmenso abrazo, Bryan murió.

Encarnación enloqueció, gritó al cielo, lanzó reproches al Creador, quería venganza, el demonio se había apoderado de su ser. Su padre era ahora un despojo de hombre, y ella, invulnerable, se dijo: «Pobre diablo, te voy a matar, no solo por lo que me hiciste a mí, a la familia, sino también al pequeño angelito de Bryan, que ninguna culpa tenía; aquí estoy, desgraciado, mal nacido; aquí estoy, voy por ti, te voy a matar».

Salió del hospital con los ojos desorbitados, su madre trató de detenerla, pero no lo logró porque su fuerza era descomunal. A paso firme y decidido, levantando polvo en el camino, iba arrancándose los cabellos. Nada quedaba de aquella niña inocente, convertida ahora en el engendro del señor de la oscuridad. Llegó a su antigua casa y gritó: «Pedro, hijo de perra, aquí estoy». Empezó a destrozar la humilde morada, nada quedó en pie. Encontró un muñequito de trapo que Bryan siempre llevaba en la bolsa. Encarnación se lo compró en un día de plaza y el niño siempre jugaba y se divertía con él. El muñeco estaba teñido en sangre; sin duda, el pequeño se había aferrado a él mientras su padre le molía a golpes.

Por un momento, enmudeció, cayó de rodillas en el centro de la habitación, la atmósfera se volvió pesada, el ambiente indescriptible. De pronto, se escuchó un grito desgarrador en todo el hospital donde yacía el cuerpo sin vida de su hermanito, ahí mismo dieron fe de ello su madre y hermanos y todo el pueblo se estremeció. En ese momento, Pedro estaba drogándose y jugando baraja en compañía de sus amigos Jeremías y Timoteo, apodados «el escuadrón de la muerte». Enmude-

cieron, se miraron fijamente, arrojaron las cartas y las drogas al piso, y salieron despavoridos del lugar.

Pedro se dirigió al camposanto, escuchaba los gritos de Encarnación —la bestia reclamaba su vida—, un escalofrío recorría su inmundo ser, no quería enfrentar el destino final, imploró clemencia a Dios padre, le prometió que, si salía bien librado de esta, jamás volvería a abusar de su familia y mucho menos probaría droga alguna, sería su fiel cordero.

«Enfréntame, bastardo, eres un cobarde», le gritaba Encarnación, quien llevaba en la mano derecha una barreta de acero. Su padre corría desesperado, se tropezaba con las tumbas y las cruces, tenía la boca seca. Así llegó hasta el final del cementerio, cuyo límite natural era precisamente un voladero de 150 metros de profundidad que servía como tiradero de basura para toda la comunidad y estaba rodeado de rocas, peñascos, árboles y maleza. Se veía con toda claridad una fauna nociva de ratas y más ratas, se percibía la podredumbre ambiental, el lugar era maloliente y nauseabundo.

Por fin se encontraron cara a cara. Los ojos de Encarnación destilaban fuego y su rostro parecía haber envejecido cincuenta años: sus facciones, antes puras y angelicales, se habían disipado para siempre.

«Aquí estás, cuánto daño has hecho, cuánta destrucción, desesperanza y tiranía has ocasionado. Mataste a mi chiquito lindo, mataste a mi niño. Te llegó la hora a ti».

«Por favor, Encarnación, hijita, perdóname, no sabía lo que hacía, si quieres llama a la policía para que me lleve preso, pero no me mates, tengo mucho miedo», imploró Pedro, que en ese momento empezó a orinarse encima. Era verdad, el miedo invadía toda la asquerosidad de su ser, se iba echando para atrás mientras ella avanzaba. Levantó la enorme barreta y de un certero golpe le destrozó la cabeza. Aún con vida, lo alzó, lo cargó y lo arrojó al vacío; había culminado su ofrenda al dios de las tinieblas.

Regresó al hospital sin mirar atrás. Todo mundo se hacía a un lado para dejarla pasar, y nadie, absolutamente nadie, se atrevía a mirarla a los ojos: su figura desaliñada, sus cabellos revueltos y la espantosa expresión que se había dibujado en su rostro intimidaban a cualquiera. Entró



en el humilde cuarto donde se hallaba Bryan, se acercó a él, le susurró al oído que lo amaba, besó su frente, miró a su madre y a sus hermanos, no les dijo palabra alguna y salió para siempre del lugar.

Caminó durante tres días hasta llegar a la casa que compartía con Ramiro. Sin embargo, solo quedaban despojos de aquella linda mujer. Cuando la vio, su amado quedó paralizado, no podía creer —o, más bien, se rehusaba a creer— que era su Encarnación, la madre de su futuro hijo, esa mujer no podía ser ella. Encarnación intentó abrazarlo en busca de refugio y protección, pero en un acto reflejo, más por repulsión que por rechazo, él la apartó de sus brazos.

Ella regresó al silencio de su pasado, una vez más era rechazada, y pensó en el suicidio. Pero también pensó que, si moría por voluntad propia, moriría también el producto del amor que un día muy lejano existió con Ramiro, ese ser que, aun en la preñez se desarrollaba en sus entrañas y que había de brillar como la más hermosa de las estrellas en el infinito. No podía permitirlo.

Ramiro le pidió se marchara, no quería verla más, negó el hijo que esperaban. Sin más palabras, en medio de la noche y bajo una lluvia infernal, Encarnación salió del hogar que un día no muy lejano fue el suyo. Caminó durante horas, llegó a la carretera, se acostó en uno de los carriles, justamente el que iba en dirección de norte a sur, ese lugar parecía boca de lobo, tan oscuro y temible que ningún hombre se atrevía a caminar a esas horas. No pasó mucho tiempo hasta que fue arrollada por un tráiler, su cuerpo quedó hecho pedazos. Al día siguiente, un campesino dio cuenta a las autoridades del espantoso episodio. La noticia corrió como un río, todo el pueblo acudió al lugar, se escucharon rezos y cánticos en la peregrinación y, al llegar, todos enmudecieron cuando percibieron un intenso y hermosísimo aroma a rosas, fragancia que invadía todo el paraje; eso era imposible, pues la zona y el clima no permitían que allí crecieran esas flores, mucho menos flores silvestres, pero la sorpresa fue grande cuando todos los presentes vieron que, en el costado izquierdo, precisamente entre la cuneta y la cinta asfáltica, se erigía un bellissimo rosal que contenía flores de todas las tonalidades, a los pies del cual yacía el pequeño muñeco de trapo que en vida perteneció al pequeño Bryan.

Ahí mismo enterraron los restos de Encarnación y de su hijo nonato, así como a su hermanito Bryan. Clavaron tres cruces en memoria de los fallecidos con el siguiente epitafio: «El mundo entristeció, porque tres angelitos abandonaron el mundo terrenal».

Dicen que, hasta hoy, el rosal nunca se ha secado, y que una paz enorme invade a los transeúntes y automovilistas cuando pasan por el lugar.





*Capítulo 4*

---

**¿Dónde estaba Dios?**



Abrí una puerta renegrida como carbón, el lugar despedía un olor nauseabundo. En los pisos y, en general, en toda la estructura construida brotaban lágrimas de sangre. A lo lejos se escuchaba el llanto desgarrador de una mujer a la que fui acercándome lentamente. Tenía un miedo indescriptible, no sabía qué me podía suceder, era consciente de que ya estaba muerto; empero, el temor a lo desconocido, al mundo del más allá, me inquietaba sobremanera.

Poco a poco me acerqué a un pequeño cuarto penumbroso que no tenía puerta, sino únicamente una cortina en su umbral; la cortina era transparente y de color púrpura, tenía encajes o bordados de figuras muy extrañas, algunas parecían duendes, otras cabezas de perros o lobos, toros con cráneos enormes y ojos de fuego, pero las patas de aquellos seres eran como las de un animal raro, tal vez un lagarto cuya punta termina en cuatro dedos que asemejaban pezuñas de cerdo; francamente, el ambiente era aterrador. Observé con mayor detenimiento el impresionante bordado y descubrí al calce la pequeña figura de una mujer hincada y aferrada al cuerpo de una persona que yacía inerte en el suelo. Evidentemente, sufría en carne viva la muerte de ese ser; al costado de ambos, en pie, podía verse la figura de una pequeña niña arrancándose los cabellos cuyo sufrimiento no era menor que el de la mujer asida a ese cuerpo.

De inmediato, a golpe de recuerdo en mi estatus en el mundo terrenal, me ubiqué en aquél pequeño templo de justicia donde me desempeñé como juez. Era un lugar desasosegante, dominado por el estrés y muy hostil; los abogados no respetaban ni temían a la diosa Themis, y mucho menos a un mortal que, por mucho que vistiera aquella toga tan inmaculada como sería, soportaba la única ley vigente, la de los gritos, la confrontación y las mentadas de madre. Queriéndolo o no, debía

entrar al combate con elegancia, pero también con energía, pues de lo contrario corría el gravísimo riesgo de que todo escapara a mi control y descendiera en caída libre hasta el cese definitivo de mis funciones por incompetencia y falta de carácter.

Pero claro, ahora lo veía con nitidez: por supuesto, esa señora aferrada al cuerpo de una persona y la niña que se arrancaba los cabellos eran las mismas que protagonizaron aquel tristísimo asunto que me tocó resolver. Ese episodio me dejó marcado para toda la vida, lo llevé clavado como puñal en el alma y nunca logré superarlo. Cuando emití el fallo condenando al culpable, escribí en mis notas de estudio: «¿Dónde estaba Dios?».

Doña Esperanza había enviudado hacía muchos años. Su esposo, ahora difunto, don Ángel, murió de un infarto fulminante. Habían tenido dos hijos, el mayor, Ramón, y la pequeña Sarita.

A la muerte de don Ángel, la vida se hizo muy difícil para el resto de la familia. El difunto amaba con devoción a su esposa e hijos, fue un buen proveedor y un extraordinario *paterfamilias* que, junto con doña Esperanza, se esmeró para que sus descendientes directos en línea recta (sus hijos) recibieran la mejor educación y fueran instruidos en los principios morales y éticos más sólidos. Cursaron estudios en la escuela pública. El joven Ramón daba de comer a los borregos y vacas muy temprano, sacaba las gallinas del corral, recolectaba los huevos, aseaba el lugar e inmediatamente se bañaba para llegar puntual a la escuela. Le había dicho a su madre que quería estudiar Medicina y que iba a elegir la especialidad de cardiología o alguna otra área relacionada con las enfermedades del corazón, dado que estaba firmemente convencido de que podría crear una medicina que aliviaría todas las dolencias de ese órgano vital y que, de ese modo, y en la medida de lo posible, evitaría que otra familia sufriera una terrible pérdida como la que supuso el fallecimiento de su padre.

Por su parte, la pequeña Sarita —evidentemente, la consentida de la casa— todavía estaba durmiendo a esas horas, no quería levantarse y le pedía a mamá que la dejara dormir un ratito más. Era soñadora y juguetona, no rebasaba los ocho años de edad —Ramón, ya iba para los 19 años—, solo reía y contemplaba con gracia cómo su madre y

hermana libraban una batalla feroz todas las mañanas—. Tras los empujones y los regaños, siempre vencía la fuerza de la razón y un par de «mazapanazos».

Ramón cursaba el tercer año de la preparatoria y era un estudiante muy destacado. Había heredado la inteligencia de su madre, quien, a pesar de que se dedicaba a las labores domésticas, había sido una alumna brillante que se tituló en la Normal de Educadoras y, además, elaboró una destacadísima investigación para sostener su tesis, titulada *La Vorágine de la educación en México*, trabajo que la hizo acreedora de mención honorífica.

Por el contrario, la pequeña Sarita era más imaginativa y no le interesaba mucho el arte de la educación. Aunque nunca reprobó una sola materia, tampoco fue una alumna destacada, pero compensaba ese desinterés por el estudio con un extraordinario amor a la vida. Amaba a los animales, era tierna y muy dulce, siempre creyó en la bondad de las personas, idolatraba a su hermano Ramón, era su héroe, y su madre, simplemente, era su vida misma, la colmaba de besos, le platicaba historias inventadas de lo que según había pasado en la escuela. Así sortearon el dolor inmenso que sentían por la muerte de su padre y esposo. En ocasiones, a la hora de comer, se quedaban callados mirando de reojo la silla vacía que ocupaba don Ángel en la mesa y algunas lágrimas recorrían sus mejillas, pero se confortaban entre ellos.

Aquella semana transcurrió con normalidad. Cada uno se enfocó a sus actividades: el aseo de los animales, las batallas entre doña Esperanza y Sarita, la escuela... también compartieron las ilusiones, el amor, la comprensión, el dolor y la esperanza.

Definitivamente, advertí, era una familia incompleta, pero preciosa y buena, una de esas familias en las que se respira un ambiente de dulzura y amor. Hicieron planes para ir el sábado por la mañana al tianguis de la zona para comprar unos tenis blancos a Sarita y la despensa para la comida, y aprovecharían el desplazamiento para comer unos tacos placeros preparados con nopales, chicharrón, queso, aguacate, salpicón y salsa; tenían dinero, ya que el jueves anterior habían vendido un borrego y dos gallinas, y tal vez comprarían un teléfono móvil para Ramón, que lo deseaba con toda el alma; estaban muy emocionados.



Se levantaron temprano, Sarita incluso fue más rápida que doña Esperanza, se apuraron a desayunar y a las 7:00 a.m. ya estaban en el paradero del transporte público. Abordaron la combi y después de dos horas y quince minutos llegaron al tianguis. Recorrieron los puestos de venta de zapatos y tenis; Sarita quería unos con suela grandota y de colores, para ella eran hermosos, pero doña Esperanza y su hermano Ramón le decían que no era posible comprar esos porque los tenis blancos y sin franjas de color eran para la escuela y, si compraban los otros, no la iban a dejar entrar. Se puso a llorar, sintió que era la mujer más pequeña y desgraciada de la tierra; pensó que ese sufrimiento era injusto y que si su madre y hermano accedieran a sus pretensiones harían feliz a una alma en pena; además, vendieron a Nico, el borrego, y a las gallinas que no tenían nombre, transacción que les había proporcionado un dinerito extra para que le compraran tanto los tenis blancos como los de colores.

Doña Esperanza y Ramón se miraron sin decir palabra, asintieron con la cabeza y le compraron ambos pares de tenis. Sarita no cabía en sí de gozo, saltó, rodó, los besó, los abrazó, los bendijo y recibió esos preciados objetos con mucha alegría.

Pasaron las horas, compraron la verdura, la carne y la despensa para la comida de la semana, comieron sus deliciosos tacos. Con el poquito dinero que sobró, Ramón le compró a su mamá unas sandalias muy sencillas y él adquirió un pequeño teléfono móvil de medio uso con la pantalla estrellada y las letras E, A, J y S estropeadas. Sin embargo, también estaba feliz porque su mamá y su hermana estaban contentas. No importaba, pensó, ya tendría oportunidad para comprarse otro mejor y más nuevo.

Alrededor de las 18:30 p.m. abordaron el transporte público para regresar a casa. Sarita llevaba las cajas con los pares de tenis dentro; su mamá, la cajita que contenía sus sandalias y Ramón su teléfono móvil en la bolsa derecha de su pantalón y las bolsas del mandado. Doña Esperanza y Sarita se sentaron juntas en el vehículo y Ramón detrás de ellas.

Iniciado el trayecto, repentinamente el cielo ennegreció, el dios del viento empezó a emitir un aire helado, la lluvia comenzó a caer a cántaros, los golpes de las gotas en el toldo del vehículo parecían rocas

lanzadas desde el infinito, se percibía un ambiente pesado, muy denso y enrarecido; lo que en principio fue alegría y felicidad ahora se tornaba maligno.

La copiosa lluvia limitaba acusadamente la visibilidad al chófer. Extremó sus precauciones, redujo la velocidad, pidió a los pasajeros que mantuvieran la serenidad, pues vivía al volante esos fenómenos meteorológicos con frecuencia, dijo, pero no pasaba nada, añadió. Nadie le contestó, porque cuando se dirigió a los pasajeros sus ojos de angustia revelaban a las claras que la realidad era distinta.

A medida que fueron avanzando, la negrura de la señora de la noche se hizo presente. A lo lejos, dos hombres que hacían la parada solicitaron desesperadamente al chófer que se detuviera. El conductor no quiso parar porque la facha de estos individuos le pareció sospechosa: uno llevaba un corte a rape y tenía una enorme cicatriz que nacía del mentón del lado izquierdo, atravesaba el costado de la cara del mismo lado y terminaba en medio de la cabeza, portaba con orgullo un tatuaje con la cabeza de un toro y patas de lagarto cuya punta terminaba en cuatro dedos que asemejaban pezuñas de cerdo: lo tenía dibujado en todo el rostro. Su acompañante tenía el cabello muy largo y mal arreglado, los ojos inyectados en color rojo y un curioso tatuaje que ocupaba la superficie de los dos lados de su rostro; representaba unas cabezas de lobos con ojos de fuego cuya tráquea iba desde las mejillas hasta las comisuras de sus labios; tal parecía que, cuando hablaba, destilaba lobos en su aliento; en la frente llevaba tatuada la palabra *Love*.

El chófer pasó de largo y no detuvo la marcha. Sin embargo, experimentó una sensación de remordimiento y pensó que no era justo prejuzgar a una persona por su apariencia física. En efecto, ambos individuos tenían mala facha, incluso cara de asesinos, pero eso no quería decir que lo fueran, pensó. En un acto reflejo, detuvo la marcha, ambos sujetos brincaron de gusto y corrieron a abordar el vehículo. Mil gracias y bendiciones dieron al chófer, quien, al verlos frente a frente, se quedó estupefacto, dado que eran la viva encarnación de Satanás. No se atrevió a cobrarles el pasaje y siguió su camino con la esperanza de que bajaran en la siguiente parada.

Los pasajeros se quedaron pasmados, un silencio brutal invadió la cabina del vehículo y, sin excepción, todos bajaron la cabeza. Yo estaba presente y sabía lo que iba a pasar, pues fui el juez que condenó a las hienas. Supliqué a Dios padre que modificara el rumbo de esa historia, pero nada ni nadie la habría de cambiar: el destino se tenía que cumplir, así estaba escrito.

El tipo del tatuaje con la cabeza de toro se levantó e inmediatamente gritó: «¡Chingó a su madre, esto es un asalto!» al tiempo que desfundó una pistola. Su acompañante, el del tatuaje de las cabezas de lobo, sacó un cuchillo enorme, de esos que se llaman «fileteros».

Entre golpes y expresiones groseras, fueron quitando a los pasajeros sus pertenencias y el poquito dinero que llevaban. Cuando llegaron a los asientos que ocupaban doña Esperanza y Sarita, le dieron una cachetada a la pequeña porque se aferraba a sus cajitas de zapatos, pero su madre, que momentos antes había sacado un rosario, la abrazó muy fuerte para protegerla y aliviarla. La sangre brotaba de la nariz de Sarita, que lloraba en silencio dominada por la angustia. Doña Esperanza entregó su monedero —en el que apenas llevaba unas cuantas monedas— a las infelices hienas, y también les dio la caja que contenía sus sandalias; les rogaba, así, que las dejaran en paz.

En el asiento de atrás, Ramón no sabía qué hacer. Su hermanita lo miraba de reojo, él era su héroe, su ídolo, su todo. Mientras, el maldito infeliz del tatuaje de lobos tomó de los cabellos a Sarita, la arrebató del regazo de su madre, le colocó el filetero en el estómago y le conminó a que le diera su teléfono móvil. Ella se ahogaba con su propia sangre, le dijo que no tenía el teléfono que le reclamaba, y mostró las bolsas de su pantalón y el suéter viejo que portaba, ni bolsas llevaba. Doña Esperanza le decía al tipo que la niña no tenía nada más. El frío se hacía más intenso, la lluvia no cesaba, todo lo que sucedía en el interior del vehículo era surrealista y macabro; la bestia estaba suelta y reclamaba un tributo para saciarse.

Repentinamente, el sujeto del tatuaje con cabeza de toro se dio la vuelta, apuntó con su arma al indefenso cuerpo de Sarita, y ella, por puro instinto de protección, cubrió su frente con las manos, armando una suerte de escudo. Enseguida, se escuchó un espantoso rugido, el

cobarde le disparó en su piernecita izquierda, el disparo le destrozó la rodilla y el grito de dolor de la pequeña retumbó en el escenario delicatísimo.

No había más. Con el corazón estremecido, con rabia, impotencia y miedo, Ramón se abalanzó sobre el desgraciado sin más arma que sus puños. Vio que Sarita se revolcaba de dolor e intuyó que el sujeto del arma le iba a dar el tiro de gracia, pero él no lo iba a permitir: dejaba su vida en prenda del Creador, pero su hermanita tenía que vivir, no iba a morir; así, se trenzó a golpes con el tipo con tatuaje de toro. Aunque increíblemente, lo estaba venciendo, el de los tatuajes de lobo lo comenzó a golpear, momento en el que su acompañante aprovechó para accionar el arma de fuego. Solo se escuchó un grito que provenía de las entrañas del desafortunado Ramón, la vida se le estaba escapando en presencia de su madre y su hermanita Sarita; ésta, a pesar de estar herida, se arrastró hasta el lugar donde yacía Ramón, lo abrazó fuertemente, le pidió que no se fuera, dijo que lo necesitaba, que era su héroe, que había dado de su vida por ella.

Doña Esperanza se arrojó sobre cuerpo de su hijo para protegerlo de las patadas que seguían propinándole los demonios. Estos ordenaron al chófer que se detuviera; sin embargo, la policía ya estaba atenta y ahí mismo los detuvieron en posesión del botín y las armas.

En el pasillo del vehículo, bañado en un charco de sangre, Ramón dio su último suspiro; antes, miró a su madre y su hermana, pero no pudo decirles nada; solo dos lágrimas manaron de sus ojos. Allí mismo murió.

Yo estaba destrozado, reviví nuevamente aquel asunto, estaba abrumado. Evidentemente, conocí a Sarita y doña Esperanza, fueron a todas las audiencias, imputaron a las hienas, y su testimonio sirvió de fundamento para condenarlos. Nunca más las volví a ver, no sé qué fue de ellas. Sinceramente, lamento todo lo sucedido, recuerdo que, tras dictar ese fallo salí del juzgado con los ojos enrojecidos por las ganas de llorar, conduje mi vehículo, miré al cielo y pensé: «Dios mío, ¿dónde estabas?».





*Capítulo 5*

---

**El santero**



Seguí mi camino por ese laberinto inmenso. De pronto, percibí un aroma muy desagradable, un olor a podredumbre definitivamente nauseabundo. Reparé en que el olor provenía de una puerta muy bonita más pequeña que todas las demás, bien pintada con colores llamativos, una puerta que invitaba a traspasarla; de hecho no tenía chapas ni cerrojos. A medida que me fui acercando, oía cantos, murmullos, risas, lloriqueos y gemidos que despertaron mi curiosidad. Empujé la puerta y, una vez dentro de la estancia, me senté en una sillita muy pequeña. Como si fuera invisible, nadie reparó en mí. Volteé a mi derecha y vi un gallo negro muerto tumbado con la panza para arriba, pero el animal no tenía ni las tripas ni el resto de los órganos. Al fondo del cuarto apareció el Chamán, un tipo moreno y no muy alto que vestía un pantalón rojo y una camiseta de tirantes como las de los jugadores de baloncesto, también de color rojo.

El tipo gritaba y hablaba en un lenguaje o dialecto desconocido para mí. Lo miré con atención y recordé que, en efecto, era aquel sujeto al que en su día condené por delitos de violación. Este asunto no es uno de los que catalogo dentro de la casilla de los que jurídicamente me hayan dejado marcado. En realidad, no lo puedo olvidar por ciertas cosas extrañas o raras que para mí no tienen explicación y que hoy todavía me causan inquietud.

Todo comenzó cuando me cambiaron de adscripción. Estaba en un lugar relativamente tranquilo, me sentía a gusto y todo fluía de la mejor manera hasta que una tarde de viernes, ya casi a punto de salir, recibí una llamada telefónica proveniente de la oficina de presidencia. Mi secretaria me dijo: «Le habla el presidente». No está de más decir que las manos me sudaron y que me formulé la pregunta de siempre — ¿qué



hice?—. Ni hablar, me armé de valor, tomé el auricular y, con voz serena, gruesa y segura, dije:

— Señor presidente, es un gusto saludarle por este medio, estoy a sus órdenes.

Él me contestó con una voz todavía más serena, gruesa y segura:

— Mañana te hacen auditoría porque se dispuso tu cambio de adscripción, el lunes debes presentarte en el juzgado penal de Barranquillas, vas a sustituir a Sócrates Lorenzo Gómez-Tagle de la Rivera y Raygoza Pérez. Quiero que pongas en orden el juzgado porque el titular no ha demostrado un buen oficio, es descuidado, le falta carácter y, en términos jurídicos, es medio «pendejo».

— Claro que sí, señor presidente, me siento honrado.

— Adiós.

— Adiós.

Colgué y se me cayeron los calcetines. Barranquillas es un lugar muy, muy complejo y difícil para trabajar, yo lo sabía, y, bueno, me consta que el juez Sócrates Lorenzo no es tan «pendejo» y que, bueno, se defiende. Pensé que si él ya contaba con veinte años de experiencia como juez y yo apenas dos años nueve meses, de plano no iba a poder afrontar el trabajo en mi nuevo destino. En fin, aquí no hay lugar para los miedosos, no queda de otra, o le entras o te vas, así que pensé decididamente: «entrarle».

El lunes bien tempranito estaba ya en el juzgado cuarto penal de Barranquillas. Llevabas mi trajecito bien planchadito, un corbatita y una camisa nueva que me había comprado el domingo en los portales, allá en mi pueblo. Se estilaba que acudiera el Consejero, que levantaba acta solemnemente, después firmábamos el juez entrante y saliente, todo el personal se reunía, el Consejero dirigía unas palabras para ponderar las cualidades de ambos titulares y, finalmente, se retiraba, no sin antes acercarse a tu oído y susurrarte: «Pórtate bien, cabrón, porque tengo ojos y oídos por todos lados». Finalmente, te daba un buen apretón de manos y un abrazo tan ostentoso que parecía uno de esos aletazos de

gallos cuando están «petatillando». Así se despidió. Sócrates Lorenzo se acercó:

— Voy a tomar de la oficina mi código y agenda.

— Claro, claro, pasa.

Se despidió, me dio un fuerte apretón de manos, otro «petatillazo» (abrazo) y me dijo:

— Bueno, ahora sí te vas a hacer hombrecito. Bienvenido al infierno, cuídate mucho mi pequeño «saltamontes del Derecho».

La verdad, no le respondí, pues estaba tan espantado y temeroso que ya me quería rajar, pero ni hablar, pensé, no hay marcha atrás. En apenas un momento, me quedé solo en mi enorme oficina, en la que me sentía como una hormiga. Como estaba llena de vidrio, todo se veía, desde la sala de audiencias hasta las rejas de prácticas. Obviamente, todos me veían a mí; miré de reojo a las y los compañeros, los llamé, me presenté a viva voz, les exhorté a seguir trabajando con calidad, excelencia y les leí la cartilla. Listo para trabajar.

Llamé a los dos secretarios, ambos tenían personalidades y físicos muy distintos, pero eran muy trabajadores y estaban verdaderamente comprometidos con la función jurisdiccional. Me pusieron al corriente de los asuntos, de los dimes y diretes en las audiencias, etcétera. Sin embargo, uno de los secretarios, Panchito, vino a mi oficina al mediodía y me dijo:

— Mire, hoy a las 16:00 horas tenemos una audiencia muy pesada, viene mucha gente, son personas extrañas y pues espantan a los compañeros; los abogados son muy conflictivos, pero lo son más el detenido y su madre.

— Bueno ¿y qué?, ¿de qué se trata?, ¿por qué dices eso?

— Es una violación a dos mujeres, pero ambas eran las amantes del detenido.

— Está bien, voy a estar atento, muchas gracias.

El día transcurrió sin novedades, todo estaba tranquilo y en orden. Llegaron las 16:00 horas, volteé a la reja de prácticas y vi que el detenido ya había hecho presencia. Era el mismo tipo moreno, no muy alto,

pero de unos ojos de color azul muy intenso, al que había visto al abrir la puerta. Me miró fijamente y me indicó con la mano que quería hablar conmigo. Dado que mi obligación legal es escuchar a cualquier persona relacionada con un asunto, me acerqué.

— ¡Buenas tardes! ¿Cómo está usted?, soy el juez que a partir de hoy va a estar al frente de este órgano de justicia. Mi nombre es Marco Tulio Cicerón.

El sujeto bajó la cabeza, se agachó y, al levantarse, se dirigió a mí. Con una voz suave, calmada y hasta cierto punto melodiosa me dijo:

— Qué gusto que esté usted al frente del juzgado, pues tuve que reemplazar a su antecesor porque no me prestaba la atención debida y, lo siento, pero muy pronto no será posible que siga trabajando en estos lugares, yo no quería hacerle daño, pero su actitud indiferente y su arrogancia merecen un castigo.

Mientras me decía esto, me percaté de que tenía sus manos entrelazadas, cosa que me llamó la atención. Pensé: «No vaya a traer algún objeto para dañarme o a algún compañero»; por ello, le interrumpí y le pedí que me mostrara sus manos. Aceptó gustoso, las abrió y vi que en ellas sostenía a un ratón negro, medio pelado —es decir, le faltaban pelos en algunas partes del lomo—, peculiaridad que lo hacía abominable. Traté de guardar la compostura y le pedí que dejara su «mascota» en un lugar seguro para evitar que mordiera. Me contestó:

— Pero Señoría, estas criaturas son tiernas, hermosas, nobles e inteligentes, no existe ningún otro animal en el planeta que sea mejor que ellos, ¡mire, mire! —acto seguido, le plantó un beso en el hocico, pero el ratón no hizo nada, prosiguió—Señoría, le pido muy respetuosamente me permita continuar en la audiencia en compañía de Jeremías, —ese era el nombre del roedor— es que tiene mucho apego a mí.

No tuve otra opción que permitirle quedarse con su «mascota».

Así inicio la audiencia. Se presentaron las dos víctimas del delito de violación y se les protestó para que se condujeran con verdad y se les apercibió de las penas en las que incurrirían si declarasen con falsedad. Después de este trámite, un intenso aroma a petate quemado empezó a

invadir el ambiente del juzgado. Inmediatamente, se acercó el secretario con los ojos desorbitados; no podía ocultar su miedo:

— Su señoría, ¡ya llegó!, ¡ya llegó!

— Cálmate, ¿quién carajos llegó?

— Volteé al corredor —y, con los ojos, me pidió que volteara.

Caray, vi a una mujer que, sinceramente, era la más fea de todas las mujeres del planeta tierra, un cadáver viviente de 1.75 centímetros, ojos azul intenso, tez morena, pero como mezclado con café oscuro, nariz ancha y chata, mentón muy protuberante, complexión exageradamente delgada, brazos muy largos y, a todas luces, desproporcionados con su cuerpo; de hecho, su cabeza era francamente grande y sus cabellos, largos hasta la cintura, muy canosos. Vestía una túnica púrpura, zapatos blancos y portaba mucha joyería de oro en las muñecas, el cuello y las orejas; tendría unos 80 años, caminaba muy lentamente, rezaba, echaba agua al piso y a los muebles, y portaba una especie de vara que producía el aroma de petate.

Me dirigí al secretario:

— ¿Quién es?

— Pues la mamá.

Pensé que esa señora sí era un engendro del maligno. Me acerqué a ella y, de manera muy respetuosa, le dije: «Deje de echar agua y apague el incienso». Estaba alterando la relativa tranquilidad que en ese momento permeaba el juzgado.

Con voz gruesa, mucho más que la de cualquiera de los que estábamos ahí o de la que yo había escuchado en mi vida, me contestó:

— Mire, usted está aquí porque así se lo pedí al señor, le supliqué que mandara a alguien que fuera «puro de alma» y, sin impedimento, usted llegó a este lugar porque fue destinado para decretar la libertad de mi hijo, lo que usted ve que arrojo en estas oficinas no es agua, sino una mezcla de hierbas con entrañas de gato. Es benéfico porque ahuyenta las malas vibras y permite que ustedes piensen con claridad. El aroma es solo el

resultado de la quema de una mezcla de marihuana con tabaco y otras hierbas que, en su conjunto, generan una atmósfera de paz y tranquilidad.

— Le agradezco mucho la explicación de sus actos, pero insisto en que se detenga porque, la verdad, aquí todos ya estamos mareados de tanta atmósfera de tranquilidad y paz.

— Está bien, lo haré, pero seguiré rezando en voz baja.

— De acuerdo, si quiere hacerlo, hágalo, pero no altere el orden de la audiencia.

Así transcurrió la tarde, comparecieron las mujeres, negaron que hubieran sido víctimas de violación, él no dejaba de acariciar al ratón, yo le di vista al Ministerio Público para que procediera contra las víctimas, pues su testimonio contradecía abiertamente su imputación inicial, la «calavera» estuvo todo el tiempo hincada y rezando. Honestamente, pensé: «qué aguante», ya llevábamos más de cuatro horas de audiencia y la señora permanecía en la misma posición, rezando con los brazos en alto y los ojos cerrados. Pero el que más me llamó la atención fue Panchito, el secretario, quien se quedó en un rincón con la cabeza gacha, incapaz de hacer contacto visual con el procesado. Así pasó la tarde y, finalmente, concluimos la audiencia.

Al llegar a casa, sentí mucha pesadez y pasé muy mala noche. De hecho, desde ese día hasta que me cambiaron de juzgado me encontré mal a diario, y cada día estaba más cansado.

Al día siguiente, al llegar al juzgado, mandé a llamar a Panchito, le pedí explicaciones por su conducta tan evasiva hacia el procesado. ¿Qué había pasado? Me comentó que el santero le había echado un maleficio porque se había burlado de él. Yo le pregunté:

— A ver, ¿cómo que te burlaste de él?

Me contó que, en una ocasión, mandó llamar a Sandro, así se llamaba el santero, únicamente para que firmara un acuerdo sin relevancia y de mero trámite, entonces se le ocurrió gastarle una broma: al momento de acercarse a la reja de prácticas, le dijo: «Hola, muchas felicidades —y le mostró el expediente—, fírmalo, ya te vas... para las Islas Marías», y soltó la carcajada secundada por algunos de los compañeros.

Continuó con su explicación. Me dijo que Sandro habló en un idioma «extraño», que, literalmente, sacó espuma por la boca y que le dijo que se iba a arrepentir toda su vida.

Le dije que era tonto, que podía adoptar ese tipo de actitudes, y mucho menos burlarse de persona alguna porque todas, absolutamente todas, merecen respeto. Estaba muy apenado, pero más que apenado, lo noté temeroso por la amenaza de que había sido objeto. En fin, le conminé a conducirse con respeto.

A medida que transcurrió el tiempo, ese juzgado se distinguió por el incremento de la carga trabajo, pero especialmente por la dificultad de los asuntos, muy delicados: siempre turnaban lo más complejo; por otro lado, la salud del personal se veía mermada de una u otra manera. Por ejemplo, doña Conchita, encargada de las audiencias de la mesa 1, vio deteriorada su salud de la noche a la mañana, y pidió incapacidad tras incapacidad hasta que ya no regresó. Nunca supe qué le pasó.

El notificador, Anselmo, me dijo que le daba miedo quedarse solo en el juzgado por las noches para terminar sus listas, asentar razones de notificación, coser los expedientes, ordenar las causas, etcétera; pues sentía cosas extrañas e incluso comentó que en ocasiones veía al santero Sandro en el fondo del pasillo; por lo que decía estar muy arrepentido de haber soltado la carcajada cuando Panchito le jugó la broma de que ya se iba, pero a las Islas Marías; que el procesado no le dijo nada, pero lo miró con unos ojos de maldad tan impresionantes que todavía hoy le inquietaban; poco tiempo después, Anselmo fue trasladado de adscripción; me enteré que tuvo un accidente.

A Panchito le fue muy mal, aun trabajando juntos. Fue cesado de sus funciones por un problema que comprometió su cargo, le fue librada una orden de aprehensión y se dio a la fuga, pero no lo detuvieron. Nunca más lo volví a ver, aunque me enteré de que andaba como indigente en la costa de Guerrero.

Por lo que hace a mi persona, sufrí muchas enfermedades precisamente en esa época y fui sometido a dos intervenciones quirúrgicas. Lo más espantoso fue que, cuando dicté el fallo definitivo en el asunto de Sandro, y aunque usted, lector, no me crea, mi secretaria me pasó

la impresión escrita de la sentencia para que la revisara y la firmara y, al terminar el trámite de la rúbrica, recibí una llamada telefónica en la que me informaron de que mi padre había muerto.

Mi antecesor, Sócrates Lorenzo Gómez-Tagle de la Rivera y Raygoza Pérez, fue separado de su cargo poco tiempo después, se jubiló y en breve fue a reunirse con la gloria del Señor.

Por cierto, dicté sentencia absolutoria.



*Capítulo 6*

---

**Así estaba escrito**





Continué mi viaje en un laberinto interminable, solo había puertas y más puertas. ¡Caray!, ahora pienso en el gran número de asuntos que conocí y resolví en más de tres décadas. Tenía sed y me detuve en un pequeño jardín en cuyo centro había una fuente muy bonita de la que brotaba agua de color esmeralda. Era espectacular, me detuve a mirar con atención todos los detalles de ese espléndido lugar, era como un oasis en el desierto. Estaba sentado en una banca mirando como saltaban unos peces muy brillantes cuando percibí que al otro lado de la fuente había un señor de aproximadamente unos 35 años; era delgado, de tez blanca e iba muy bien aseado.

Me volteó a ver, se me quedó mirando, se acercó y me dijo:

— ¡Hola, señor juez!, ¿no se acuerda de mí?

— Discúlpeme, la verdad no lo recuerdo, ¿quién es usted?

— Soy el de la rueda...

— Ah, ya lo recuerdo, fue cerca de las pirámides de Teotihuacán, ¿verdad?

— Efectivamente, ese soy yo y esta es mi historia; así se escribió mi destino...

Llegué al juzgado, era uno de esos días en que uno tiene la sensación de que todo es muy abrumador. Había muchísimo trabajo, un buen número de asuntos pendientes y no pocos problemas. No me sentía bien de salud, pero el trabajo no perdona: “o ejecutas con singular maestría el dictado de la sentencia que corresponde en el orden progresivo o tendrás otro problema más grave”, me dije.

En fin, tomé el asunto y comencé a estudiarlo bien armado con mi café y un buen cigarro (dejé de fumar hace muchos años, pero ¡cómo me gustaba!). Cerré las ventanas de la oficina y el humo del cigarrillo invadió rápidamente el reducido espacio.

A medida que leía y estudiaba, fui introduciéndome en el drama penal: eran dos historias que, por alguna razón, estaban relacionadas, a pesar de que no tenían absolutamente que ver entre sí, pues los protagonistas ni siquiera se conocían: uno era trailerero, es decir, se dedicaba al transporte, y el otro un campesino; uno vivía en Sonora y el otro en el estado de México. Empero, por esas cosas raras o caprichosas del destino, en algún punto de sus vidas se tendrían que encontrar. Empecé a leer sus antecedentes.

Jeremías, un hombre muy trabajador, tenía esposa y dos hijos. Su vida no había sido nada fácil. Cuando era muy pequeño su padre los abandonó a él y a su madre. Ella se volvió a casar con un tipo que les dio muy mala vida; finalmente, lo dejaron y ellos solos continuaron el viaje.

Desde pequeño se vio en la necesidad de ganar un poco de dinero, pues su mamá (Licha) no obtenía suficientes ingresos lavando ropa ajena y aseando casas todos los fines de semana. Así, muy de mañana Jeremías acudía a la Central de abastos, lugar donde hacía todo tipo de tareas: cargaba bultos, lavaba autos, hacía mandados, tiraba la basura, barría, etcétera, labores que le proporcionaron una pequeña y muy modesta ganancia que puntualmente entregaba a su mamá. Esas actividades solo le permitieron estudiar hasta el primer año de la secundaria. Por desgracia, no logró continuar, dado que doña Licha enfermó repentinamente. Le detectaron cáncer de mama que le impedía trabajar, circunstancia que obligó a Jeremías a buscar un empleo mejor remunerado.

Serafín era un amigo suyo que iba regularmente a la Central de abastos a descargar frutas, verduras y legumbres —se conocieron, ya que Jeremías también era cargador—. Siempre le regalaba una parte del producto que transportaba e incluso le daba una modesta propina. Aquellos días notó muy ausente al joven Jeremías y le preguntó qué le pasaba. Él le contó la difícil situación de su madre y le habló de la pre-

cariedad de su situación económica; le urgía conseguir un trabajo en el que pudiera ganar un poco más de dinero y ayudar a su mamá para comprarle sus medicinas, pues ni siquiera tenía seguro médico, dijo.

Serafín le preguntó su edad; 16 años 11 meses 1 día, respondió Jeremías. Le contestó de este modo porque era muy puntual y exacto, aunque por su físico parecía mayor de edad. Serafín lo invitó a trabajar con él como «cacharpo», le ofreció un buen sueldo y la oportunidad de conocer «gratis» muchos lugares hermosísimos de México, pues su oficio consistiría en transportar mercancías a diferentes zonas del territorio nacional.

La idea le emocionó inmensamente y por supuesto, que aceptó. En ese momento entró en el mundo del transporte.

Por su lado Kalet, de aproximadamente 35 años, nació en el seno de una familia muy pobre acuciada por necesidades económicas de todo tipo. A pesar de que era buena gente, el padre siempre fue güevón y borracho, y jamás trabajó en su vida; engendró 11 hijos con su esposa, doña «Naborita», a la que de plano la ligaron porque, en caso contrario, sin duda alguna habría rebasado fácilmente la docena de chamacos, todo el pueblo apostaba que así sería. Se mantenían gracias las bondades que les proporcionaba la naturaleza: maíz, habas, quelites, papas, acelgas, gusanos de maguey, chinicuiles, escamoles, ranas, víboras, iguanas y alguno que otro borrego que eventualmente se perdía, mismo que paraba hasta el lugar de su residencia, de la que, definitivamente, no iba a salir vivo.

Kalet era delgado y blanco. De hecho, recuerdo que físicamente se parecía a Jeremías y que, al igual que él, era el mayor de los hijos y tuvo necesidad de trabajar desde muy joven: lo hacía en la siembra y cultivo de los terrenos agrícolas, es decir, alquilaba sus servicios y el dinero que ganaba se lo entregaba a su madre, que lo destinaba a la compra de huevos, sal, azúcar, harina y un «chinchón» para el buena gente y borracho de su esposo, don Panchito. Estudió hasta cuarto año de primaria, estaba casado con Angelita y tenía unas gemelitas: Abril y Lluvia, nombres que les había puesto en honor al mes y la lluvia torrencial que cayó cuando nacieron.

Vivían en un pueblo muy bonito, de esos en los que se antoja pasar todos los días de la vida: las calles muy limpias, las casas blancas con azoteas de tejas, el olor a la tierra mojada, mucha vegetación, su kiosco en la alameda, las personas eran muy amables, y los jóvenes sanos y respetuosos, en la localidad no había delincuencia y mucho menos altercados vecinales. Los domingos de misa eran de plaza y convivencia, una verdadera verbena popular; era un lugar muy hermoso. Sin embargo, Kalet siempre se quejó de la vida tan precaria que le había tocado vivir y nunca entendió por qué Dios no le permitió nacer en el seno de una familia rica. Anhelaba tener una camioneta *pickup* deportiva, un tractor de última generación para preparar sus propias tierras, una casa con su ranchito para criar a sus borregos y vacas. Todas sus carencias siempre le ocasionaron mucha melancolía, tristeza y coraje. Con el paso de los años, se volvió muy callado y malhumorado, blasfemaba de todo y por todo, y llegó a reprochar a Dios con tanta furia que ya llevaba mucho tiempo sin ir a misa.

Jeremías se convirtió poco a poco en un chófer de vehículos de primer nivel. Con su salario logró sacar adelante a sus hermanas y, en la medida de lo posible, mitigar las dolencias de su madre que murió de manera irremediable tres años después de que le detectaran el cáncer de mama.

Él se casó con una buena mujer, Sarita, quien era de buenos principios y recta moral. Tuvieron unas gemelas a las que llamaron Sierra y Cheyene en honor a la Sierra de Mil Cumbres —ubicada en el municipio de Hidalgo, estado de Michoacán, lugar que conocía gracias sus múltiples viajes por el país y que le parecía extraordinario—. Por su parte, Cheyene se llamaba así en honor del valeroso pueblo agricultor y cazador que vivía en lo que hoy es estado de Minnesota, Estados Unidos de Norte América, lugar que Jeremías también conoció en algunos de sus viajes y del quedó prendado por sus llanuras y sus grandes extensiones de tierra. Le parecía increíble que, en algún momento de la historia, las dos tribus de cheyenes hubieran sido amos y señores de esos parajes.

Al igual que Kalet, Jeremías vivía amargado y siempre renegaba de lo que le había tocado vivir a causa del abandono de su padre y la enfermedad temprana de su madre, circunstancias que no le habían permitido

concluir sus estudios. Siempre soñó con ser un gran médico para poner sus conocimientos al servicio de los pobres, pero ello no fue posible, pues tuvo de que dedicarse a trabajar desde muy pequeño.

Todos estos avatares motivaron que se alejara de la palabra de Dios. En un arrebato de agresividad, quitó y destruyó todas las imágenes de Jesús y de santos que Sarita tenía bien enmarcados en el interior de las habitaciones y los espacios cerrados de su humilde casita. Siempre blasfemando, simplemente era infeliz.

El 2 de noviembre de 1991 estaba de viaje. Había salido de Sonora y se dirigía al estado de México, precisamente a la Central de abastos, ubicada en el municipio de Otumba de Gómez Farías. Durante el trayecto, se produjo una avería en los frenos que demoró el viaje, pues para repararlos fue necesario desmontar dos de las llantas posteriores del lado izquierdo. Si bien la reparación de los frenos fue adecuada, una de las ruedas no quedó debidamente asegurada con los birlos, dado que el mecánico tenía tanta prisa por acabar que delegó esa tarea en un chamaco que le ayudaba y que, como estaba enviando mensajes en el celular y chateando con sus cuates, no hizo caso alguno. En fin, Jeremías pagó y continuó su viaje. Aquel día, en principio soleado y bonito, empezó a ennegrecer y un misterio de sombras se alzaban en las orillas de la autopista; las luces del camión iluminaban los costados y daba la impresión de que los árboles se erguían como seres de ultratumba.

Por otro lado, ese mismo día, muy tempranito, Kalet había ido al mercado para vender flores de cempasúchil y le fue muy bien, lo vendió todo. Obtuvo una jugosa ganancia y estaba feliz; ahora sí daba gracias a Dios. Había planeado ir al día siguiente al mercado de venta de ganado para comprar el borrego más gordo que encontrara, pues quería hacer una gran fiesta y bautizar a las gemelas, Abril y Lluvia; realmente, no cabía en sí de alegría. Kalet no tenía auto, motocicleta o bicicleta. Por tanto, tenía que realizar todos sus traslados a pie, y había ocasiones en las que caminaba más de tres horas y media de ida y otro tanto de regreso, lo cual le había proporcionado una extraordinaria condición física. Sin embargo, tenía que lidiar con las inclemencias del tiempo; este día no era una excepción, pues ya ha-

bían pasado las siete de la noche, las sombras estaban cobijando los campos y una tormenta feroz estaba por librar una batalla a muerte con la madre tierra.

Había dos caminos para llegar a la morada de Kalet. Normalmente, tomaba el del lado derecho, rumbo a San Simón, más largo pero más seguro, ya que los caminos eran de tierra firme y en sus costados había pequeñas casitas. Si bien estaban separadas unas de otras, no era raro ver a alguna persona que se asomaba por la ventana o escuchar el ladrido de los perros, y todo ello contribuía a que tuviera la sensación de que estaba acompañado en el viaje y a que pensara que, si algo sucedía, quizá un buen vecino le prestaría el auxilio necesario.

En cambio, el camino del lado izquierdo, rumbo al monte del Gólgota —nombre con el que se le había bautizado porque parecía una calavera, realmente tenebroso— era más rápido para llegar a su casa; fácil se ahorrraban veinte minutos. Sin embargo, en un tramo que rodeaba la parte media del «cráneo», a la altura de la nariz y los ojos, y que quedaba a nivel de la autopista que justamente pasaba a un costado, los trailers decían que, al circular por ese lugar, habían escuchado una especie de gruñido.

Por unos instantes Kalet se detuvo y meditó cuál de las dos rutas le convenía más, ya que estaba oscureciendo, se anunciaba una lluvia infernal, había pasado todo el día fuera y estaba hambriento. Decidió tomar el camino del Gólgota. A medida que avanzaba, la negrura de la noche lo cubrió todo y empezó a llover a cántaros: parecía que todos los ángeles hubieran decidido llorar al mismo tiempo.

Poco a poco fue avanzando entre resbalones y caídas, ya le faltaba poco para llegar a casa, alcanzaba a ver la tenue luz de una vela que normalmente colocaba su esposa en la mesita ubicada en la cocina; ello le animó más, estaba ansioso de compartir con ella su éxito en la venta de las flores y hablarle de la fiesta que iban a organizar para el bautizo.

Por otro lado, Jeremías conducía a toda velocidad, pues la Central de abastos estaba por cerrar y no tenía ninguna intención de esperar al día siguiente para descargar la mercancía. Realmente, no le importó que

lloviera tan fuerte, siguió y siguió acelerando, y alcanzó una velocidad de 150 kilómetros por hora. En ese momento, percibió que la caja del tráiler se empezó a «colear»; el vehículo golpeó la barra de contención con la parte posterior de su lado izquierdo, perdió el control y fue a estamparse contra un grupo de árboles que, como titanes, lograron detener su loca carrera. Jeremías bajó espantado, encendió un cigarrillo e inspeccionó los daños de vehículo; una vez los hubo evaluado, pensó: «Gracias Dios mío no pasó a mayores, unas cuantas magulladas a la carrocería y eso es todo, mil gracias, Dios mío». Respiró tranquilo y esperó a que llegara la policía. Finalmente, solo se trataba de unos cuantos desperfectos en el vehículo, el muro de contención y los árboles; el seguro pagaría y asunto arreglado.

A lo lejos, Kalet había escuchado el chillido de las llantas del vehículo y el golpe seco que, a pesar del intenso ruido de la lluvia, se oyó nítidamente en el lugar. Pensó: «Seguramente alguien chocó, tengo que auxiliarlo no está a más de 250 metros de donde me encuentro». Empezó la carrera para llegar al lugar de los hechos, pero escuchó una especie de estampida de búfalos que se abrían paso sobre la maleza cada vez más cerca. Se detuvo un momento, no sabía qué era aquello, tal vez las leyendas del lugar eran ciertas, quizá las almas de los difuntos vagaban por esos lugares, pensó. Volteó a la izquierda y luego a la derecha, pero no vio nada. De pronto recibió un tremendo golpe en la espalda y cayó fulminado ahí mismo. El dinero que llevaba salió volando, al igual que sus zapatos; su cabeza quedó destrozada. ¿Qué había pasado?, Jeremías circulaba a gran velocidad y una de las ruedas del tráiler había salido disparada, pues no estaba bien al sujeta tráiler. Esa rueda impactó en el pobre Kalet, causándole la muerte.

Llegaron varios policías, indagaron y rápidamente tuvieron noticia de la muerte. Jeremías fue detenido ahí mismo.

En un hogar lloran la muerte de un campesino y en otro la detención de un trailerero. Este no pudo obtener su libertad bajo fianza porque la prueba pericial química determinó la presencia de cocaína en la sangre del conductor.



Antes de dictar resolución decretando prisión preventiva por el delito de homicidio imprudente, Jeremías falleció en la madrugada de un infarto fulminante. El asunto fue sobreseído.

Cuando te toca... aunque te muevas. Así estaba escrito el destino de estas personas que nunca se conocieron en vida, pero sí en el más allá.



*Capítulo 7*

---

**Y volveré... Traición y muerte**



Cada vez que avanzaba, el laberinto era más intrincado y el número de puertas mayor. De verdad, hasta donde alcanzaba la vista solo se veían caminos retorcidos y puertas de todo tipo y color que, sin embargo, tenían algo en común: eran muy tétricas, todo era penumbra, no resultaba posible ver bien. De repente sentí algo peludo en la yema de los dedos de mi mano izquierda que me paralizó. Me pregunté qué era eso y pensé que, sin duda, el chamuco estaba ahí reclamando mi alma. Bajé lentamente la mirada y vi una cara conocida, era mi perro Oz, que había muerto muchos años atrás en una desafortunada intervención quirúrgica.

Una vez me salvó de un robo y, lamento decirlo, fui ingrato con él, ya que a pesar de que lo quería mucho, era muy testarudo y cada vez que salíamos a dar la vuelta, y dimos muchísimas, era un eterno pelear (vente, no te atraveses, échate, vamos al banco, no te me pongas al brinco, etcétera), pero, de veras, ¡qué animal tan bello!, ¡qué personalidad arrolladora tenía! Siempre me protegió, no toleraba que ningún extraño se me acercara. Cuando se lo llevaron para operarlo del estómago, yo estaba pasando por un mal momento personal y no salí a despedirlo; solo vi al veterinario, que venía por él, desde la ventana de la recámara, y esa fue la última vez que lo vi.

Realmente lo siento, Oz, perdóname, eras como mi alma gemela, nunca me lo voy a perdonar, no estuve contigo en ese momento, te echo mucho de menos, nunca tuve otro amigo como tú, mi «General». Lo abracé, me lamió la cara y me encaminó a una puerta muy maltratada y vieja. En el interior se escuchaba una canción que, de inmediato, reconocí, «Y volveré...», de los Ángeles Negros. Entré y, al voltear, Oz había desaparecido.

Cerré la puerta y llegué hasta una pequeña cabaña. Era bonita y de un solo piso. Serían aproximadamente las dos de la mañana. Frente a una chimenea, un hombre y una mujer platicaban, bebían, escuchaban música y, de pronto, se levantaron para bailar esa melodía, «Y volveré...», se abrazaron y se percibía que entre ambos había verdadero amor; empero, el destino tenía otro plan para ellos.

Mario y Mara se conocían desde que eran muy jóvenes —los padres de ambos fueron grandes amigos— y con el tiempo se hicieron novios. Como toda pareja, vivieron buenos y malos momentos, aunque los buenos superaron con creces a los malos. Iniciaron su relación a los 18 años, justo cuando estaban por terminar la preparatoria, ambos se la pasaban juntos todo el tiempo hasta que terminaron la escolaridad media superior, pues cada uno eligió una carrera profesional distinta. Mario decidió estudiar en el Politécnico la carrera de arquitecto-ingeniero. Por su parte, Mara se matriculó en la carrera de médica veterinaria porque realmente amaba a toda clase de animales, al grado que su casa parecía zoológico: había perros, loros, canarios, gatos, palomas, etcétera; aunque Mario no estaba muy de acuerdo, nunca le dijo nada, pues la amaba y eso realmente no le afectaba.

Al concluir la preparatoria, ambos estaban hechos un mar de lágrimas y tenían sentimientos encontrados. Por un lado, terminaban sus estudios y tomaban rumbos distintos. Por otro, se separaban no porque su relación hubiera terminado, sino porque la convivencia ya no podría ser igual. Para empezar, los horarios que tenían eran distintos, pues la carrera de arquitecto-ingeniero únicamente se impartía en turno vespertino, es decir, entre las 15 y las 21 horas de lunes a viernes, mientras que la carrera de médica veterinaria era de turno matutino —de 7 a 13 horas, y los sábados de 9 a las 13 horas—.

No es difícil advertir que únicamente les quedaban los domingos para estar juntos. Sin embargo, había otro inconveniente: tenían que realizar sus trabajos, proyectos y prácticas, de tal suerte que, a pesar de que hablaban a diario por espacios muy breves, como mucho se veían una o dos veces al mes.

Esta circunstancia contribuyó a que la relación se enfriara poco a poco. Mara era una mujer muy atractiva, pretendientes no le faltaban,

mientras que Mario no era agraciado físicamente, aunque compensaba su falta de atractivo con su inteligencia, su amabilidad y la amenidad de su conversación; además, era un extraordinario bailarín. Todo ello acabó por conquistar a Mara, que respondía con una negativa cuando su madre le aconsejaba frecuentemente que se buscara un hombre más guapo. Mario era un hombre muy lindo por dentro, y doña Armida, la madre, decía: «Pues entonces pévalo como plátano y te lo comes, porque está de muy mal ver: es prieto, chaparro y panzón». Mara no se ofendía, más bien le daba la razón y soltaba una enorme carcajada.

Con el pasar del tiempo, Mara se inquietó mucho con un profesor que le impartiría clases; era un hombre maduro y bien parecido, con una exitosa carrera, pues era propietario de un hospital veterinario que atendía las 24 horas del día. Como su hospital siempre tenía pacientes ofrecía a los estudiantes y pasantes que fueran allí a realizar sus prácticas forenses. Les pagaba una pequeña suma de dinero solo para estimularlos e incitarlos a seguir participando. Muchos se quedaron durante varios años, y otros por pequeños espacios de tiempo. Mara empezó a relacionarse con su profesor, llamado Atilano. Al principio, como todos los estudiantes, iba una vez por semana, pero llegó un momento en el que cubría hasta las guardias y los días festivos e inhábiles.

Todo ello la alejaba más y más de Mario, quien de plano se salía de sus clases para ir al hospital veterinario y ver a su amada. Cuando lo veía, Mara no sabía qué decirle; aún lo quería, aunque no con la intensidad de antaño, y le daba mucha pena verlo tan ansioso y profundamente enamorado. Cada que podía, Mario le que pedía se casaran; decía que ya en un par de años terminarían sus carreras y que él ya hacía proyectos para un despacho de arquitectos muy importante en el país, cuyo dueño era uno de sus profesores que, al percibir su gran talento, no tardó en invitarlo a colaborar en su despacho. De hecho, ya le pagaban un buen dinero, de modo que no les iba a faltar nada.

Aunque no se negaba a casarse, Mara le pedía más tiempo para que, con más calma, después de concluir los estudios y desarrollarse profesionalmente, pudieran formalizar su relación como Dios manda. A Mario no le quedaba otra opción que admitir la petición de su amada, aunque, el sentido común, muy dentro de él y, sin constarle, le decía que algo

no andaba bien. En otras palabras, presentía que Mara ya no le amaba y que un intruso se había entrometido en su relación.

Mara sabía perfectamente que el profesor Atilano estaba casado y tenía dos hijos; sin embargo, esas cosas no las entiende la cabeza, pues el corazón y sentimiento dominan la voluntad; sabía que era un hombre prohibido, pero ¡qué importaba!, estaba perdidamente enamorada de él.

Las guardias en el hospital se convirtieron en auténticas noches de amor y lujuria. Ahí, con los perros, gatos, pájaros y loros como únicos testigos, protagonizaron esas brutales embestidas y celebraron el amor eterno que ambos se juraban. Lloraban porque mantenían una relación prohibida y reprochaban al divino que no les hubiera concedido el privilegio de nacer al mismo tiempo y conocerse para enamorarse hasta que la muerte los separara.

Esa relación se prolongó por varios años, incluso Mara en una ocasión quedó encinta, pero decidió interrumpir el curso del embarazo alegando problemas de salud. Cuando fue intervenida, la acompañó Mario, que desconocía el verdadero motivo de esa operación «urgente». Mara únicamente le dijo que iban a extraerle el apéndice, pues su vida corría grave riesgo; por su parte, Atilano, andaba de vacaciones en Acapulco con su esposa e hijos mientras su amada se jugaba el pellejo para no ser descubierta.

Pasado el tiempo, Mara se reprochó por todo lo que había hecho, no se explicaba cómo se había enamorado de Atilano. Para ese momento, este, a pesar del amor que le juraba, ya tenía otro hijo, una nueva casa y el auto del año; la clínica había crecido exponencialmente no solo en sus instalaciones, sino también en reputación.

Con todo el dolor de su alma, Mara terminó esa relación, él se le hincó, le juró que iba a dejar a su esposa y le pidió que no lo abandonara; ella, a pesar del amor que sentía por él, se dio vuelta, tomó sus pertenencias de la clínica y se fue para nunca volver.

Reanudó —o más bien continuó— con la relación sentimental que, bien o mal, conservó toda la vida. Mario volvió a sentirla más cálida, pero para ese entonces los rumores de que la Dra. Mara sostenía una relación sentimental con el Dr. Atilano ya se habían extendido. La madre del propio Mario alguna vez la había visto incluso salir de un motel,

pero nunca le dijo nada a su hijo porque sabía que le causaría un dolor muy grande. Lo único que hizo fue decirle que la dejara, que no le convenía, que se buscara una novia en su trabajo. Él hacía oídos sordos porque realmente la amaba, aunque en el fondo estaba seguro de que desde hacía mucho tiempo ella lo engañaba.

A pesar de los pesares, ahora Mara era la que le pedía que se casaran. Mario estaba trabajando en un proyecto muy importante para una empresa internacional que le encomendó elaborar los planos de un edificio de 42 pisos de altura dotado de las últimas innovaciones tecnológicas. Él estaba muy entusiasmado, su talento había dado frutos. Solo por los planos cobraría una pequeña fortuna, además de los honorarios por la dirección y conclusión de la obra. Por lo tanto, la boda tendría que esperar un año más.

Mara estaba desesperada, pues aún amaba con todo su ser a Atilano. Sabía que nunca iba a tener una vida a su lado y sentía que, con el éxito que estaba teniendo Mario, a pesar de lo feo que era, no iba a faltar una «lagartona» que le bajara las estrellas y que, si eso sucedía, se quedaría sola, «cómo el perro de las dos tortas» o «chiflando en la loma», como suele decirse.

Así transcurrió un año que para la mujer se hizo eterno y para el hombre un suspiro. Mara había arreglado todo para la boda: el salón, la comida, la bebida, la música, en fin, todo lo que se necesita para celebrar una boda de ensueño a la que el pueblo entero estaba invitado. No podía faltar el presidente municipal, don Nazario, y su señora esposa, doña Estephanía ni, por supuesto, el señor cura, don Tereso, y el señor juez, su señoría Marco Tulio Cicerón.

De verdad, la fiesta fue grandiosa. Mataron treinta borregos, dos chivos, diecisiete puercos y cinco guajolotes. Comida de sobra, el vino corrió como río y tres grupos musicales amenizaron la boda: Los Caimanes del averno, Las Fieras del norte y Los Bohemios de Versalles.

A eso de las 4 de la mañana, Mario y Mara estaban muy tomados, se notaba que eran de garganta fina, igual brindaban con una «Paloma» (tequila, sal, limón y refresco de toronja) y un elegante «París de no-



che» (coñac y refresco de cola). El vestido blanco de la novia ya lucía muy sucio, mientras que del *smoking* del novio ya solo quedaba la incómoda camisa con holanes y el pantalón, a los que, además, aderezó unos zapatos de fútbol que pidió porque con ellos había ganado la final que disputó su equipo, Las Truchas del Centro, contra los Osos del Norte.

En fin, los novios se retiraron como pudieron del guateque alrededor de las cinco de la mañana, pues el avión que los llevaría a Acapulco, donde pasarían su luna de miel, salía al mediodía. Se bañaron, se arreglaron y apenas si llegaron al aeropuerto, pero en un abrir de ojos, ya estaban en el paradisíaco puerto. Al tocar tierra firme, ambos se bebieron un par de cervezas para amortiguar la resaca. Ya instalados en la habitación, solo esas cuatro paredes fueron testigos mudos de todo el amor que se brindaron.

El tiempo trascurrió. Se llevaban bien, pero Mario traía clavada la espina de todos los rumores que corrían en el pueblo sobre la conducta censurable de su ahora esposa Mara, mientras que ella no podía quitarse de la cabeza al Dr. Atilano, el gran y único amor de su vida. Es el caso que la mascota de los recién casados, un perro gran danés, tenía serios problemas en la cadera que, finalmente, le impedían caminar. En ese momento, Mario se encontraba en el extranjero dirigiendo la obra monumental que tenía encomendada.

A pesar de que era una excelente médica veterinaria, Mara necesitaba medicamentos e instrumental quirúrgico de última tecnología y los únicos que contaban con ellos eran el Dr. Atilano, que vivía en el mismo pueblo, y el Dr. Nacho, que tenía su clínica a seis horas de distancia. Después de pensarlo mucho, decidió ir a la clínica de Atilano. Total, pensó, todo era un asunto entre profesionales, lo pasado, pasado estaba, y aquí no podía decirse: «Donde hubo fuego cenizas quedan y, en la mayoría de las veces, también pensión alimenticia». No, nada de eso; tomó en sus brazos a Zeus, así se llamaba el gran danés, y partió en dirección a la clínica.

Al llegar, pidió consulta con el doctor, pero salió un jovencito y le dijo que no era posible.

— Dígale que soy una vieja amiga, por favor.

Intrigado, Atilano salió y al verla se desmoronó, corrió para abrazarla, ella hizo lo mismo, botó por un lado al pobre de Zeus y se fundieron en un largo y profundo abrazo. Ahí mismo se besaron enfrente de todos, ella trató de recomponerse, pues aquello no estaba bien: era una mujer casada y él también, pero ya era demasiado tarde. La madre y la prima de Mario, que también estaban de visita en la clínica, pues habían llevado a su pequeño chihuahua a consulta, fueron testigos presenciales de tan inmoral conducta.

Al verla, a Mara casi se le cayeron los calzones. «Suegra, permítame, déjeme explicarle»; nada funcionó, doña María se retiró del lugar indignadísima e inmediatamente se comunicó con su hijo Mario para informarle de lo sucedido e incluso le comentó el episodio de la salida de ambos del motel. Mario se quedó estupefacto, todas sus sospechas eran ciertas: siempre lo engañó. Enloquecido, regresó a su hogar y encaró a Mara. Ella todo lo negó, le juró que su madre mentía, el Dr. Atilano solo había sido su mentor, nunca tuvo ni tenía nada que ver con él, dijo. Propuso a su marido que fueran a verlo para que él mismo se lo dijera y, para salir de dudas de una vez, él aceptó. Ambos se trasladaron a la clínica, lugar donde Atilano los atendió y con lágrimas en los ojos, juró por lo más sagrado que jamás ha tenido ni tenía nada que ver con Mara, que su madre sacó de contexto el abrazo y el beso que pudo haber presenciado, pues fue algo así como una expresión de mucha alegría, por verla, por su boda, un saludo como de padre a hija. Además, dijo, él le llevaba 20 años de edad, y no era posible pensar que andaba acostándose con ella. Lo que decía su madre, añadió, era mentira porque resultaba absurdo que, si en verdad lo vio salir de un motel, no dijera nada.

Fue tan convincente la majestuosa interpretación de víctima que ofreció Atilano que Mario le creyó y se despidió de él, le dio un abrazo e incluso le ofreció una sentida disculpa.

Regresó a casa, le pidió mil perdones a Mara y la invitó a cenar. Ella aceptó gustosa; comieron y bebieron, ya entrada la noche y con unos buenos tragos encima, decidieron ir a comprar una botella de alcohol, refrescos y botanas. En casa, siguieron tomando a la par, escucharon música, se besaron y se ofrecieron perdones mutuos. En un momento dado, Mario sacó una pistola 357 Magnum del cajón de una cómoda

ubicada en el lado norte de la sala. Le dijo a Mara que la tenía en ese lugar para defender su hogar. Mara se sorprendió y preguntó:

— Pero, ¿para qué la quieres?, ¿está cargada?

— No te asustes, sí, sí está cargada, e incluso tengo otra en el primer cajón de la vitrina del comedor.

Se movió, la tomó y se la mostró:

— Es un revólver 38 especial, que también está cargado.

Mara le pidió que guardase las armas y dijo que, en caso contrario, ahí acababa la fiesta. Mario no puso inconvenientes, guardo una pistola en el mueble del lado norte y la otra del lado sur. Pasado el susto, siguieron bebiendo, platicaron de sus planes, hablaron de tener un hijo, momento en el que empezó a sonar la canción «Y volveré...», de los Ángeles Negros. Mario la invitó a bailar, ella aceptó, se abrazaron y la letra de la melodía retumbaba en los oídos de Mara (amiga lectora, amigo lector, pongan la melodía y sigan leyendo): «[...] la magia terminó, será mejor seguir nuestra soledad [...] quizá mañana [...] no sufras más...»; alguna fuerza indomable le hizo abrazar muy fuerte a Mario, le besó el cuello, lo estrujaba a su cuerpo, le decía que lo amaba, que era el único y verdadero amor de su vida. Mario se sintió conmovido por la autenticidad de su palabras, incluso se sintió halagado y profano por haber dudado de su esposa. Repentinamente, Mara, embriagada por el licor y el amor, le susurró al oído: «Te amo, Atilano».

Un silencio sepulcral se adueñó del lugar, la atmósfera se volvió pesada, un olor intenso a azufre ahogó el oxígeno de la casa. Mario tenía inyectados los ojos de furia y, en automático, le dijo: «Lo sabía maldita, te voy a matar». Acto seguido corrió a la cómoda del lado norte en la que estaba guardado el revolver 357 Magnum. Mientras, al verse descubierta y harta de ocultar su verdadero y único amor, Mara corrió a la vitrina del lado sur para tomar el revólver 38 especial. Tomaron las armas al mismo tiempo y comenzó el tiroteo. La bestia estaba suelta, uno de los dos, o ambos, iban a morir en ese mismo instante. Ninguno retrocedió, y después de descargar las armas solo uno quedó de pie. Mario había muerto.

Los vecinos alertaron a la policía, cuyos agentes comparecieron inmediatamente en el inmueble. Sentada en la sala, aún con el revólver en la mano, Mara fue detenida. Así quedaron María, llorando a su difunto, Atilano destruido por la tragedia y por el futuro incierto de su amada: ella estaba confesa.

Mara fue procesada y juzgada. Las pruebas: su confesión, las periciales y de inspección de cadáver, las armas y el escenario del crimen.

Me tocó dictar el fallo, pero no te lo puedo confiar, es mejor que tú decidas este asunto. Parafraseando un diálogo de la irrepetible saga de *El Padrino* entre Michael Corleone y el cardenal Lamberto: «¿Para qué confesarme contigo, si no me arrepiento de lo que hice?».

Tirant Online México, la base de datos jurídica de la editorial más prestigiosa.



**[www.tirantonline.com.mx](http://www.tirantonline.com.mx)**

Suscríbete a nuestro servicio de base de datos jurídica y tendrás acceso a todos los documentos de Legislación, Doctrina, Jurisprudencia, Formularios, Esquemas, Consultas o Voces, y a muchas herramientas útiles para el jurista:

- ★ Biblioteca Virtual
- ★ Tirant Derechos Humanos
- ★ Tirant TV
- ★ Personalización
- ★ Foros y Consultoría
- ★ Revistas Jurídicas
- ★ Gestión de despachos
- ★ Novedades
- ★ Tirant Online España
- ★ Petición de formularios

 (55) 65502317/18

 [www.tirantonline.com.mx](http://www.tirantonline.com.mx)

 [atencion.tolmex@tirantonline.com.mx](mailto:atencion.tolmex@tirantonline.com.mx)



